

JAVIER MARÍN



T
TABLERO
MORTAL

SERIE MARCO DUARTE

1

T TABLERO MORTAL

SERIE MARCO DUARTE

1

JAVIER MARÍN

Título: *Tablero mortal*
© 2020, Javier Marín
Del diseño de la portada: 2020, Verónica Monroy Romeral
Primera edición: 2020
Impreso en España
ISBN-13: 9798654886187

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

T TABLERO MORTAL

SERIE MARCO DUARTE

1

JAVIER MARÍN

A mis hijos.
Javi y Rebeca.
Nadie podrá
poneros límites.

PRÓLOGO

Con sus últimos pasos dejó atrás el sinuoso camino que lo llevó a lo más alto de la colina, se detuvo con cara de satisfacción y contempló el mar de luces a lo lejos bajo sus pies. Era media noche, una fría brisa traía un leve olor a tierra mojada y todo lo que veía era el manto azulado de una ciudad que no dormía, miles de pequeños focos de distintos colores le daban la bienvenida. Había pasado mucho tiempo fuera, su instrucción fue dura y sacrificada. Era la hora: estaba escrito. Mirando aún esos destellos como pequeñas luciérnagas frente a él, su cara mostró una casi imperceptible sonrisa. La situación lo excitaba. La adrenalina le corría veloz por las venas. Su cabeza era un torbellino de sentimientos. Por él, por su sufrimiento, por lo que dejó atrás. Ahora estaba preparado. Devolvería todo el daño que había sufrido allí. Abrió los brazos y, mirando al cielo, rio, esta vez a carcajadas. Cuando se relajó lo sintió. Todo está a punto de empezar.

PRIMERA PARTE

1

COMIENZO

A las 21:30 aún estaba en su oficina, situada en el edificio más alto de la ciudad: la Torre de Cristal era una construcción de treinta y cinco pisos, acristalada en todo su contorno. Las mejores empresas contaban con sus oficinas allí. Una de ellas, Longoria & Becker Asociados, mantenía una gran actividad durante casi las 24 horas del día, abogados de plantilla, becarios, secretariado, etcétera. Su plantilla ascendía a veintidós personas que representaban a los más renombrados personajes de la sociedad, desde banqueros y deportistas hasta grandes magnates de negocios. Andrés Longoria era uno de sus fundadores. Bajo la luz de su lujosa lámpara de escritorio aporreaba su portátil, nervioso... Este caso lo estaba sacando de sus casillas. Alicia Faith, la nueva bomba musical, número uno en todas las cadenas musicales del país, estaba metida en un lío importante de drogas, que de momento se había conseguido ocultar a la prensa, pero ¿hasta cuándo? La defensa que preparaba no tenía ni pies ni cabeza, no sabía por dónde cogerla y estaba empezando a perder los nervios.

Dejó el portátil bruscamente y se levantó de su acolchado sillón de cuero. Se acercó al mueble bar y se puso una relajante copa de *whisky*, hecho más habitual que de costumbre en estos últimos días; caminó despacio hacia la cristalera desde donde se veía toda la ciudad, le encantaba esa panorámica, sentía que todo lo que había allí abajo estaba muy cerca de su mano..., le hacía sentir fuerte y lo ayudaba a pensar.

—¡Maldita niñata de mierda drogadicta!

Estaba acostumbrado a lidiar con ese tipo de gente, pero siempre se sumía en ese estado de nervios cuando sabía lo que se avecinaba, la prensa, internet, televisión, publicidad. Lo mejor de estos casos era lo que después le reportaban; más dinero, más clientes importantes y su nombre en todos los noticiarios.

Apuró su copa echando la cabeza hacia atrás con un gesto más que exagerado y se dispuso a llenarla de nuevo. Mientras lo hacía, pensó en lo que le esperaba al salir del despacho. Antes de volver a casa pasaría a ver a Jenny, no había mejor forma de calmar los nervios y dejar de pensar en toda la gentuza que tenía que ver y con la que tenía que lidiar a diario.

Otra vez con su copa llena, volvió a la cristalera y contempló de nuevo lo que tenía a sus pies, cientos de coches moviéndose sin parar, peatones andando deprisa para resguardarse del frío. Le encantaba esa ciudad.

De repente oyó un susurro a su espalda. Se dio la vuelta y la piel se le puso de gallina; no había nadie, pero el escalofrío aún le duraba.

—¡Me voy a volver loco, joder!

En cuanto giró la cabeza para volver a concentrarse en el paisaje y su copa, algo lo agarró por el cuello. La copa se estrelló contra el parqué y en el reflejo del cristal pudo ver una sombra que empuñaba un objeto plateado. A la vez que sus ojos siguieron el destello de la fina hoja bajar hasta su cuello, una voz le susurró:

—Chsss, todo ha terminado.

Con la misma rapidez que apareció, la cuchilla lo rasgó de lado a lado. Los ojos de Andrés se le salían de las órbitas, su última visión fue la de la bonita cristalera que se llenaba de sangre, su sangre. Después todo fue tranquilidad.

2 CAFÉ

Marco Duarte entró a la comisaría a primera hora. Esa mañana había decidido ir dando un largo paseo por la ciudad desde su casa. Pocas cosas superaban un rato a solas con sus cascos puestos, escuchando a sus grupos preferidos mientras se encaminaba al trabajo. Le tocó a su reproductor decidir qué oír, la voz de Kutxi Romero y Marea fue un buen chute para empezar la jornada.

Solo se dio cuenta de que cantaba un poco más alto de lo que debía al ver los rostros de la gente que bajaba las escaleras de la comisaría mirarlo extrañados.

*Amaneció, la vi irse sonriendo con lo puesto
por la puerta del balcón,
el pelo al viento diciéndome adiós,
porque decidió que ya estaba hasta las tetas
de poetas de bragueta y revolcón,
de trovadores de contenedor... ¡como yo!*^[*]

Le encantaba esa canción y no sabía cómo hacer para no tararearla. Sobre todo, una mañana como esa, que estaba de muy buen humor.

Su ritual era siempre el mismo desde hacía ya casi cinco años: saludar a José, el policía que

custodiaba la entrada al edificio desde tiempos inmemorables, subir a la primera planta, donde se encontraba la sección de Homicidios, y cruzar todo el pasillo para llegar a la máquina de café. Allí se tomaba, de un trago, el segundo del día. A partir de ese momento ya empezaba a ver las cosas de otra manera.

Parecía que esa semana iba a ser tranquila; falta hacía después de su último caso, todo el equipo había quedado exhausto tras conseguir meter entre rejas a los hermanos Flores (robo a mano armada y tres asesinatos en la huida). Después de casi un mes de búsqueda dieron con ellos y el juez hizo su trabajo.

—¡Buenos días, Marco! —dijo una voz a su espalda—. ¿Una noche larga? Déjame adivinar, ¿Extremoduro?, ¿Marea? O quizás vienes más tranquilo... ¿Iván?

Marco se dio la vuelta, tranquilo, mientras se quitaba los cascos de las orejas, y vio a su compañera apoyada en la puerta con los brazos cruzados sobre el estómago, sosteniendo una cantidad ingente de carpetas marrones atestadas de folios.

Alejandra Verdú llevaba siendo su compañera tres años y en ese tiempo habían compartido ratos de todo tipo; se apreciaban mutuamente y se conocían como si llevaran juntos desde el colegio. Casi 1,80 de pura fibra, pelirroja de pelo largo, habitualmente recogido en una cola alta, que acentuaba sus facciones finas y delicadas. Sus pecas en lo alto de los pómulos le daban un aire travieso que, mezclado con esos ojos verdes, hacía de la inspectora todo un monumento, provocando que todas las cabezas se volvieran para verla por donde quiera que pasaba. Ella lo sabía, claro, y se lo tomaba bastante bien; incluso lo disfrutaba y solía tener un comentario irónico para casi todas las situaciones de ese tipo que se le presentaban. Así era ella: dura pero risueña, siempre con la sonrisa en la boca.

—Esta mañana he dejado que me llevara la Marea, ¿y tú? ¿A qué viene esa cara de felicidad? —Marco le sonrió guiñándole un ojo.

—Bueno, nueva semana y aún no tenemos ningún caso que empezar a investigar, digamos que disfruto de estos momentos antes de que se acaben. ¿Te apetece un poco de papeleo? —le dijo señalando las carpetas que llevaba en el regazo.

—¡Tú primero! —Hizo un gesto con el brazo izquierdo para que saliera primero mientras con el derecho cogía el segundo café que salía de la máquina y se disponía a seguirla.

Con sus pantalones de pinzas negros y chaqueta a juego, seguramente, aparte de ser la inspectora más atractiva de toda la unidad, también era la más elegante. Aún recordaba la

impresión que le había dado la primera vez que la vio, aunque llevaba puesto su uniforme de policía, el cual no le hacía ninguna justicia. Lo deslumbró primero con sus ojos y luego con esa sonrisa, quedó prendado de ella nada más verla. Luego resultó que como policía era aplicada, muy lista y metódica, hasta donde le llegaba la memoria no creía que hubiera tenido que corregirla en nada. No podía decir lo mismo de él, pero siempre sabía cómo hacérselo saber de la mejor manera. Formaban un gran equipo.

Llegaron a su lugar de trabajo, unos cubículos abiertos donde seis inspectores compartían su jornada. Ellos eran los más jóvenes, pero sobradamente preparados. El comisario les confiaba los casos más complicados y de momento tenían una envidiable tasa de arrestos. Esto, unido al carácter de los dos, hacía que los más veteranos los respetasen y los trataran como iguales casi desde el principio.

—¡Aquí llegan los tortolitos! ¡Un aplauso para la pareja de moda! —dijo Pedro Martínez, uno de los inspectores más veteranos de la comisaría, a modo de burla, pero con toda la buena intención—. Salís en todas las portadas, tengo que reconocer que la Verdú sale más guapa, lo siento, Marco.

Ante estas palabras todos los policías allí reunidos aplaudieron y los vitorearon.

—¡Gracias, gracias! No te preocupes, Pedro, lo tengo asumido, pero estoy trabajando en ello —dijo Marco guiñándole un ojo.

Realmente eran una pareja fotogénica. Eso contribuía a que la imagen de la Policía quedara mejor frente a la opinión pública, cosa que a su jefe le encantaba. Al físico imponente de Alejandra, había que añadir el de Marco. Un hombre de cuerpo torneado, sonrisa arrebatadora, ojos vivos y chispeantes. Además, sin preocuparse demasiado por su aspecto, tenía un aire entre bohemio y seductor que arrancaba suspiros entre la plantilla femenina de la comisaría.

Aunque se llevaran tan bien y a pesar de los rumores que corrían por la comisaría, nunca pasaron de ahí. Ocasiones habían tenido, pero parecía que ninguno de los dos se atreviera a dar el paso y dejar de tener esa relación de compañeros que tantos buenos frutos estaba dando. No era raro verlos en La Tertulia después del trabajo, tomando alguna cerveza después de la jornada o incluso saliendo alguna noche a tomar una copa. Se tomaban a broma los cotilleos que se decían sobre ellos en los pasillos de la comisaría.

El ambiente ese lunes en la comisaría era diametralmente opuesto al de la semana anterior, en este los investigadores estaban de muy buen humor y se habían quitado los nervios y la incertidumbre de su anterior caso, incluso habían dormido una noche entera.

—¡Duarte, Verdú, cuando terminen la fiesta que tienen aquí les espero en mi despacho! —
El comisario García apareció de repente por la puerta con cara de pocos amigos.

Después de decirlo, volvió a desaparecer por el pasillo. Marco y Alejandra se miraron arqueando las cejas y salieron tras él.

—¡Suerte! —oyeron decir a Pedro antes de salir. La tranquilidad había durado poco.

3

EL CASO

—Siéntense —dijo el comisario con tono duro—. No hemos tenido tiempo de saborear el caso de los Flores y ya tenemos algo complicado en las manos. Esta mañana han encontrado asesinado a Andrés Longoria en su oficina de la Torre de Cristal. Tenemos pocos datos aún, pero todo se ha llevado con la máxima discreción para que los buitres de la prensa nos dejen trabajar tranquilos, aunque sea por unas horas.

Marco y Alejandra se miraron a la vez con sorpresa; el abogado era conocido sobre todo por su selecta clientela y, si había sido asesinado, tendrían muchos sospechosos que investigar, de eso podían estar seguros.

—Su socio encontró el cadáver esta mañana al entrar en su despacho, después de haber llamado insistentemente tanto al teléfono como a la puerta. El pobre aún está con un fuerte *shock* después de ver a su amigo. Por lo que parece se han ensañado bastante con él. Necesito que vayáis allí lo más rápido que podáis y me mantengáis informado. Ni que decir tiene que de momento no podéis comentar esto con nadie. También he mandado a los de la Científica, veos con ellos allí y averiguad lo que podáis. Andrés tenía mucha influencia en todos los aspectos y esto me huele realmente mal. No tengo más datos de momento. Espero vuestro informe para ver cómo proceder. ¿Alguna pregunta?

—No, señor, salimos para allá inmediatamente —dijo Marco a la vez que se levantaba de la silla.

Alejandra lo siguió hasta la puerta sin decir nada, pero en su cara se mostraban signos de preocupación, su eterna sonrisa se había desvanecido por un momento.

—Me parece que esto va a traer cola, demasiado bonito para ser real pensar que íbamos a tener unos días de tranquilidad...

—No desesperes, seguro que estaría metido en más de un negocio turbio y a algún capo de

la mafia no le sentaría bien su verborrea.

Salieron de la comisaría en dirección al coche de Marco sin decir más y se dirigieron hacia la Torre de Cristal.

4

LA TORRE

Veinte minutos después aparcaban en el *parking* subterráneo de la Torre. A Marco le sorprendió la cantidad de coches que había, tuvieron que bajar hasta la segunda planta para encontrar un sitio libre.

Se dirigieron a la puerta que daba acceso a la calle, querían ver el edificio desde fuera antes de entrar. La imagen era imponente, aquella construcción era sin lugar a duda la más espectacular de la ciudad. Su fachada, a base de cristal de espejo, reflejaba el cielo de manera que aún parecía más alta de lo que era. Sin duda era el centro de negocios más importante y allí se encontraban representadas todas las grandes empresas. La repercusión que tendría un asesinato allí sería abismal.

Marco, después de admirar por unos minutos la fachada, abrió una de las pesadas puertas cediendo el paso a Alejandra. El bullicio que había dentro del recibidor ya abrumaba, gente de aquí para allá con traje y corbata, maletines a juego y gomina en el pelo. Estaba claro que los que desentonaban allí eran ellos.

Eso mismo debió de pensar uno de los conserjes, que nada más verlos salió a su encuentro, un hombre enjuto de mediana edad con un uniforme gris claro.

—Buenos días. Ustedes deben de ser los policías que estamos esperando —dijo el conserje casi con un susurro. Estaba claro que querían llevar el tema lo más discretamente posible para no perturbar el caos allí reinante.

—Inspectores Duarte y Verdú, creo que nos están esperando.

—Si, síganme por aquí.

Los tres se encaminaron hacia un puerta de servicio tras la cual había un ascensor, entraron y rápidamente el conserje pulsó el número treinta. A Marco el ascensor le pareció un poco

agobiante, muy pequeño incluso para tres, y por las miradas que echaba a su compañera estaba seguro de que a ella le parecía igual. Tras unos segundos más largos de lo que hubieran preferido, el ascensor llegó a la planta indicada.

—El despacho del señor Longoria es el del final del pasillo, si no me necesitan para nada más vuelvo a bajar. Hoy tenemos bastante lío.

—No se preocupe, ya seguimos nosotros. —Alejandra lo despidió rápidamente.

El conserje desapareció tras las puertas del ascensor y Alejandra y Marco se dirigieron hacia el final del pasillo, ansiosos ya por ver qué había pasado.

Entraron sin llamar y lo primero que vieron sus ojos los dejó petrificados a los dos.

En el centro del gran despacho yacía el cuerpo de Andrés Longoria, con los brazos extendidos a cada lado del cuerpo y las piernas cruzadas con los pies uno sobre otro, atravesados por un perno muy afilado. Parecía la imagen de Jesucristo en la cruz, pero aún había más, su garganta estaba seccionada de oreja a oreja y sus párpados arrancados. La imagen de sus ojos mirando hacia el techo sin posibilidad de cerrarlos tardaría tiempo en irse de la cabeza de Marco. El cadáver tenía la camisa desabrochada y en su piel había una frase escrita con cortes que parecían bastante profundos: «No existo».

El asesino había tenido tiempo suficiente para preparar esa escena y lo había conseguido, el resultado era espeluznante. Marco no había visto un crimen semejante. Alejandra, por su parte, no podía dejar de mirar esos ojos sin párpados, estaba blanca, el impacto inicial no había pasado.

—¡Ey, chicos, cerrad la puerta, por favor, y despertad! —Itziar Ran, la jefa del equipo forense, los sacó de su aturdimiento.

—Hola, Itziar... Perdona, no me esperaba algo así —dijo Marco.

En ese momento Marco reparó en quién más había en el despacho; dos técnicos forenses se afanaban en espolvorear casi todas las superficies posibles en busca de alguna huella, por su parte Itziar estaba tomando medidas de unos chorretes secos de sangre que caían como estalactitas en una cristalera cerca de la mesa del despacho.

—A falta de más pruebas, me atrevería a decir que nuestro amigo murió delante de esta bonita vista. Después de muerto, el asesino escenificó toda esa parafernalia que habéis visto allí. —A Marco nunca dejaba de sorprenderlo la manera de hablar de Itziar, suponía él, que hecha a base de años de ver cadáveres y estudiar las causas de sus muertes.

—¿Sabes cuándo murió? —preguntó Alejandra, que parecía recobrar poco a poco su color de piel natural.

—Casi con toda seguridad entre las once y las doce de esta pasada noche. La inscripción de su pecho me dejó el camino bastante abierto para tomar la temperatura de su hígado sin ninguna dificultad.

—¿Y qué es eso? —Alejandra señaló un pequeño objeto de plástico gris situado cerca de una de sus manos cercenadas.

—No tengo ni idea. Eso os lo dejo a vosotros, bastante tengo con las cosas que viven y mueren...

Marco cogió unas pinzas de una de las dos grandes maletas que llevaban los técnicos y, agachándose a su lado, atrapó el objeto con ellas y lo levantó para observarlo mejor. Era una figura de plástico de unos tres centímetros de alto, una chica, parecía una colegiala con falda y chaqueta, sus brazos sujetaban una carpeta sobre su pecho y tenía las piernas ligeramente abiertas.

Dejó caer la figura en una bolsita de plástico y cerró su borde.

—Me parece que aquí pasaremos un buen rato.

5

SOCIOS

El despacho contiguo al de Andrés Longoria tenía sus mismas dimensiones, pero la decoración era mucho más sobria y minimalista. Detrás del gran escritorio de madera de roble se hallaba Antony Becker, el otro socio del bufete. Dio un respingo al ver entrar a los detectives sin llamar a la puerta, parecía bastante nervioso y agitado.

—¡Pasen, pasen! —dijo irónicamente machacando el cigarrillo que acababa de encender en el cenicero de cristal que presidía la mesa.

—Detectives Verdú y Duarte, tenemos entendido que fue usted quien llamó a la policía al encontrar el cadáver.

—Sí detectives... a las 8:30, cansado de llamarlo al teléfono, entré al despacho y... ¡Dios mío, no puedo creerlo! ¿Quién puede hacer algo así?

Antony movía la pierna derecha desconsoladamente y se mordía las uñas, era un amasijo de nervios, su traje caro arrugado y el pelo cano despeinado no le hacían justicia. Rondaba los cincuenta años, pero se conservaba muy bien para su edad, sin duda se debía a una vida más sana y algunas horas más de gimnasio que su socio.

—Tenemos que hacerle algunas preguntas —continuó Alejandra en un tono más suave—. ¿La puerta del despacho estaba cerrada?

—Sí, tengo una llave de su despacho al igual que él de la mía... Al no saber de él, entré a por una carpeta que necesitaba, solemos hacerlo. No tenemos... teníamos ningún problema entre nosotros. ¿Qué van a hacer para encontrar a ese hijo de puta?

—Tranquilícese, señor Becker. Vayamos poco a poco, ¿notó algún comportamiento fuera de lugar los últimos días? ¿Sabe usted si tenía algún enemigo? ¿Alguien que quisiera hacerle daño? —Marco intentó suavizar su voz para que Antony se sintiera más cómodo.

—Su comportamiento estos días ha sido el mismo de siempre, mismas costumbres y, ¡qué sé yo! No he notado nada raro, ¡por Dios!, ¿enemigos?... Nuestro bufete lleva a los peces más gordos de la cloaca en que se ha convertido esta ciudad, ¡claro que tenía enemigos! Cualquiera de los casos que hemos ganado ha tenido la suficiente repercusión como para molestar a gente importante. Por lo demás, deberían hablar con su mujer, estaba bastante al tanto de los casos de Andrés y lo ayudaba en algunas defensas complicadas.

—¿Sabe por qué el señor Longoria se quedó anoche en su despacho? —Alejandra tomó la palabra.

—Lo último que hablé con él fue que estaba hasta los mismísimos cojones de esa niñata de Alicia Faith, palabras textuales. Lo sacaba de sus casillas. Estaba preparando una defensa cogida con palillos. No tenía nada claro que pudiera sacarla del embrollo esta vez.

—¿Alicia Faith? —Marco levantó una ceja dándole más énfasis a su pregunta.

—¡Oh! Vamos, Marco, ¡no me digas que no conoces a Alicia! ¿No pones la tele ni enchufas la radio? —Alejandra parecía realmente sorprendida.

—No tengo ni la más remota idea, ¿qué ha hecho esa chica?

—De todo —comenzó a explicar el abogado—. Es una estrella emergente del pop, ahora rueda anuncios y ya tiene un papel en alguna serie de moda. El problema viene cuando baja del escenario, varias escenas de escándalo público, drogas, peleas, vamos, ¡una joya! El caso que Andrés tenía entre manos era más complicado. La pararon en un coche, borracha y drogada hasta las cejas, pero antes chocó contra el control e hirió a un policía. Por supuesto, la prensa no ha sabido nada, pero no tardarán, hay mucha gente implicada y ni su mánager esta vez podrá salvarla de unas cuantas portadas escandalosas.

—No creo que el entorno de Alicia quisiera quitarse de encima al abogado que la defiende —dijo Alejandra a Marco en tono reservado.

—¿Qué más casos llevaba en este momento?

—Ahora mismo estaba a tiempo completo con este caso, hacía tiempo que no cogía ninguno. Estaba más pendiente de instruir a nuestros nuevos abogados y aconsejarlos en la medida de lo posible. Le gustaba que las cosas se hicieran a su manera y es la mejor forma, cogerlos desde la base y formarlos como a ti te gusta. Todo es más fácil a la larga si vamos juntos en una misma dirección.

—Muchas gracias, señor Becker. Tome, llámenos si recuerda cualquier cosa. —Marco y Alejandra se levantaron a la vez, tendiéndole a Antony Becker una tarjeta con sus números de teléfono.

—Denlo por hecho y, por favor, encuentren a ese cabrón lo antes posible.

Ya en el pasillo de nuevo, miraron hacia el despacho de Longoria. Itziar y su equipo seguían recogiendo pruebas sin descanso. Decidieron ir a hablar con el conserje de la noche anterior y dejarlos trabajar.

—¿Qué te parece el socio? La verdad es que se le veía bastante afectado...

—Bueno, no te dejes engañar, los abogados, ya sabes... Aun así, no creo que tenga nada que ver con el asunto. Me ha dado la impresión de que ambos estaban unidos.

—¿Y la inscripción en el cuerpo de Andrés? Me da escalofríos. —Alejandra arrugó la nariz al decir esto.

—Espero que Itziar encuentre algo que nos dé alguna pista. Esto se podría poner bastante mal si no conseguimos algo rápido.

Otra vez en el recibidor de la Torre, esperaron a que el conserje despachara a unos visitantes y se acercaron a él.

—Buenos días de nuevo, ¿nos podría decir quién estuvo anoche en su puesto?

—Sí, yo mismo. Llegué a las diez de la noche y debía salir a las ocho de hoy, pero según está el día creo que tendré que hacer alguna hora extra.

—¿Quién había anoche en el edificio? ¿Llevan algún tipo de registro? ¿Cámaras?

—No sabría decirle... No llevamos registro de quién está o no dentro, cámaras tenemos solo en el recibidor.

—Necesitaríamos una lista de la gente que recuerde haber visto entrar en su turno, es de máxima importancia, tendrá que hacer memoria. También la gente que salió. Lo corroboraremos todo con las cámaras de seguridad. ¡Por cierto, necesitamos esas grabaciones ya!

—Me pondré con esa lista enseguida. Y paso nota a seguridad para que les den las imágenes lo antes posible.

—Póngase en contacto con nosotros en cuanto lo tenga todo preparado.

El conserje parecía entusiasmado con el encargo, como si fuera parte del reparto de alguna película.

—Alejandra, te invito a un café, creo que el día será largo.

—¡Acepto encantada!

Mientras bajaban al sótano, oyeron vociferar al conserje:

—¡Oigan, oigan, no pueden entrar aquí!

La prensa ya estaba enterada.

—Sí, será un día muy largo.

6

PUNTO DE PARTIDA

El bullicio en comisaría ya era palpable. Las noticias sobre el macabro crimen habían trascendido y, aunque no todos los detalles eran de dominio público, los suficientes se habían filtrado para que todos los jefazos estuvieran nerviosos.

Marco y Alejandra pasaron directos a ver al comisario, que en ese momento hablaba a gritos dando órdenes por el teléfono. Al colgar y darse la vuelta, los vio y les señaló las sillas situadas frente a su escritorio.

—¡Vaya follón de cojones tenemos entre manos! ¿Qué podéis contarme?

—Parece un crimen ritual, o eso, o alguien quería que lo pareciera, mucha sangre y un cadáver destrozado. Creo que no acabará aquí. —Marco fue el primero en hablar, su veteranía se ponía de manifiesto en situaciones como esa. Alejandra, por su parte, asentía levemente a las palabras de su compañero.

—No me jodas, Marco... Solo me faltaba un loco suelto sembrando el pánico. No podemos escatimar en gastos, están preparando una sala para el equipo. El alcalde, que, por cierto, era amigo personal del muerto, ya me ha llamado dos veces esta mañana y no quiero decirlo, porque no me acuerdo, cuántas otras llamadas llevo contestadas de mandos intermedios. Necesitamos resultados y rápido. En treinta minutos os quiero al frente del equipo, en la sala C.

La sala C era el centro neurálgico de las situaciones y casos de crisis, una habitación espaciosa con una mesa central ovalada y muchas sillas a su alrededor. Dos de sus paredes estaban forradas de pizarras blancas donde se iban apuntando las líneas temporales, fotografías y datos del caso en el que se ocuparan en ese momento. Un proyector en el centro de la mesa dirigía su lente hacia otra de las paredes, de la que colgaba una pantalla blanca. Ese espacio que ahora olía a limpio no tardaría en llenarse de policías y ordenadores, bolígrafos, papeles y

fotografías.

Cuando Marco entró, precedido de Alejandra, ya estaban conectando los últimos ordenadores. Jose Juan, más conocido como JJ, era su experto en informática y pieza fundamental del equipo. Era un chaval de veintipocos años, con el típico estereotipo de friki de la informática, pero solo a simple vista, pues luego resultaba ser un chico con bastante chispa y con unas ideas brillantes. Ese día, con sus vaqueros gastados y su camiseta de Star Wars, tenía un semblante serio, el comisario ya había pasado por allí con toda seguridad. JJ se afanaba en poner los cuatro monitores en orden antes de que se sentaran todos, el proyector ya estaba en su sitio y la palabra Sony aparecía a todo color en la pantalla blanca. Otro agente se estaba encargando de poner las fotos del cadáver en una de las paredes.

—Buenos días a todos, por decir algo. Podéis sentaros, por favor. —Marco se dirigió a todos los presentes de pie junto a la pantalla—. Como todos sabéis ya, esta mañana hallaron muerto a Andrés Longoria, el cadáver presentaba múltiples mutilaciones, cómo podréis ver en las fotografías que tenéis en el dossier. El despacho estaba cerrado por fuera y no parece haber signos de lucha en él. Todo apunta a algún tipo de crimen ritual y no tenemos mucho por donde empezar. El conserje que trabajaba anoche nos está haciendo una lista de personas que vio entrar o salir del edificio, las imágenes del recibidor estamos esperando recibirlas. Por otro lado, Itziar estará a punto de llegar con el cadáver a su laboratorio para proceder a la autopsia, a ver si puede decirnos algo más. Sus técnicos estaban espolvoreando todo el despacho en busca de huellas, aunque no creo que tengamos tanta suerte.

El equipo reunido asentía mientras Marco hablaba, todos eran profesionales con los que ya había trabajado en más de un caso y de su completa confianza.

La primera en hablar, cuando Marco terminó su explicación, fue Miriam Rueda, la encargada de relaciones externas. Su misión en el grupo consistía en hablar con la prensa, con los familiares de las víctimas y con otros estamentos con los que tuvieran que lidiar. Era psicóloga y sus conocimientos sobre la mente criminal habían sido de mucha ayuda en el pasado. Era una mujer baja y delgada, pelo largo y negro, con rasgos delicados y unos bonitos ojos entre verdes y marrones que escondía detrás de sus gafas redondas.

—La prensa ya está llamando y deberíamos dar un comunicado lo antes posible para que nos den un poco de margen.

—Sí, esa era una de las prioridades..., no podemos esconderlo más. Miriam, prepara una nota de prensa omitiendo los detalles escabrosos y dales algunas migas para que salgan corriendo

a sus casas a cocinarlas. —El desacuerdo de Marco con la prensa en muchos aspectos era claro y conciso.

—Ok, jefe, me pongo con ello —dijo Miriam mientras bajaba la mirada hacia su portátil y empezaba a teclear.

—JJ, las imágenes estarán a punto de llegar, quiero que las proceses cuanto antes, Pedro te echará una mano en cuanto lleguen. Deberéis cotejarlas con la lista del conserje, porque dudo que se acuerde de todos los que entraron y salieron durante su turno.

Pedro y JJ asintieron. Marco, concentrado, siguió dando instrucciones.

—Mientras llegan, JJ, intenta averiguar lo que puedas de Andrés por sus redes sociales, cuentas de correo..., bueno, tú sabes mejor que yo lo que tienes que hacer. ¡Tenemos que descubrir por qué a él, para que nos lleve a quién pudo hacerle esto!

—¡A la orden! No creo que sea difícil acceder a su vida cibernética.

—Por otro lado, Alejandra y yo iremos mañana a ver a la mujer de Andrés. Jon y Salva, os quedáis aquí recopilando toda la información que tenemos, en cuanto tengamos esa lista deberéis empezar a aporrear puertas.

Jon y Salva llevaban en el cuerpo el mismo tiempo y desde el primer momento conectaron. Eran inseparables y trabajaban muy bien juntos, se compenetraban bien. Para Marco era un lujo poder contar con ellos en el equipo.

Los dos asintieron, casi deseosos de empezar con el papeleo.

Al cabo de unas horas las paredes ya estaban forradas con las fotos del muerto y los pocos datos con los que contaban. Marco miró el panel apoyado en la mesa de enfrente. Alejandra, a su lado, siguió su mirada.

—Nos encontramos con lo peor de cada casa. Siempre es la misma historia.

—Ellos matan, nosotros los atrapamos, Ale, pero siempre dejan el camino lleno de muerte.

—Pues tendremos que ser más rápidos que ellos —dijo poniendo la mano sobre su hombro—, esta muerte pone los pelos de punta.

—Fíjate en las fotos, se tomó todo el tiempo del mundo para hacer con él esa carnicería. O le tenía muchas ganas o mucho me temo que la película no termina aquí. Los días tranquilos de los que parecía que íbamos a disfrutar se han terminado antes de lo previsto y de la peor manera.

—Bueno..., yo no tendré que cancelar ningún hotel.

Antes o después, Alejandra siempre conseguía sacarle una sonrisa, incluso en el peor momento.

7

SILENCIO

En la habitación en penumbra, una sombra movida por la luz tenue de las velas puestas en círculo efectúa un ritual ancestral, sus movimientos lentos y calculados hacen de esa siniestra danza algo casi mágico. Los músculos forzados y el sudor cayendo por su pecho. El ritual llega al final y su cuerpo descansa inmóvil en el suelo.

Su misión acaba de empezar y su orden espera de él un trabajo digno de su posición. La sombra avanza hacia la pared y escoge su siguiente parada, una fotografía y la concentración total en ella. Seca el sudor de su frente y cierra los ojos. Una leve brisa termina con la luz de las velas. Todo se sume en una oscuridad total, una oscuridad donde él está cómodo.

8

DESCANSO

Marco decidió pasar a ver a su hermano y su sobrino. No tenía ganas de llegar a casa aún, a pesar del cansancio acumulado; necesitaba alejarse un poco de todas las imágenes que se sucedían en su cabeza. Esta vez fue Iván Ferreiro quien lo acompañó en el camino. «Turnedo» primero y «Tristeza» junto a «Solaris» después hicieron que durante ese cuarto de hora olvidara de dónde venía.

Llegó al dúplex adosado de su hermano con dos pizzas recién horneadas. Su sobrino abrió la puerta y se le lanzó a los brazos nada más verlo. Tenía once años y sentía auténtico amor por su tío Marco: no todo el mundo tenía un tío policía y que salía en la tele. Le encantaba cuando le contaba cómo habían cogido a los malos y siempre quería saber más.

—Daniel, ¡deja a tu tío entrar! ¡Lo vas a tirar todo! —gritaba su padre desde el recibidor.

—¿Qué pasa, colega? ¿Tienes hambre?

—¡Sííí, estamos viendo un partido!

El hermano de Marco, David, salió en su ayuda, recogió las pizzas y dejó que su hijo se explayara bien con su tío. Era dos años mayor que Marco, ingeniero y muy deportista. Desde el fallecimiento de su mujer cuatro años atrás por una larga enfermedad, trabajaba en casa, cosa que le facilitaba atender a Daniel sin un horario laboral estricto. Su pérdida había sido todo un mazazo y, aunque no lo reconocía, no lo había terminado de superar. Marco iba a verlos siempre que podía y pasaba un rato agradable con ellos.

—¿Y cómo van? —quiso saber Marco poniendo un énfasis que su sobrino sabía que era forzado.

—¡Empate a uno, pero están jugando muy bien!

Mientras Daniel llevaba de la mano a Marco hacia el sofá, David puso el mantel en la mesa que estaba situada delante de la televisión y cortó las pizzas como solo un ingeniero podía cortarlas.

—He visto en las noticias el revuelo que se ha formado por el abogado, te ha tocado la lotería, ¿verdad?

—Me ha tocado el gordo y el reintegro, David. Llevo un día de locos, pero ya te contaré mañana, ahora no me cabe más en la cabeza.

—¡Ja, ja, ja! ¡Has venido al lugar apropiado para despejarte! —le dijo David mientras le pasaba una cerveza y una porción de pizza.

Devoraron la pizza en muy poco tiempo, todos estaban hambrientos. Marco llevó a su sobrino a la cama y le prometió llevarlo a jugar al tenis el fin de semana si todo iba bien. Se dieron un beso y Marco volvió al salón con su hermano. Al pasar junto a la mesa de comedor se quedó parado y abrió los ojos de tal manera que su hermano le preguntó:

—¿Has visto un fantasma?

—¿Qué es esto? —preguntó Marco con tono policial.

—Bueno, es un juego de mesa. Estoy intentando aficionar a Daniel a ellos, bastante mejor que las videoconsolas y mucho más instructivos, la verdad es que obligas a los enanos a que piensen y las horas se pasan bastante rápido. Ese que tienes ahí encima de la mesa es Imperial Assault. Sabes tú cómo le gusta a tu sobrino Star Wars, y ponerse en la piel del jedi no tiene precio. Pero hay de toda clase, estratégicos, habilidad, cartas...

Marco cogió una miniatura gris y se quedó mirándola de cerca, era el joven Skywalker con su espada láser.

—El hobby es amplio —continuó David viendo que a Marco le interesaba el tema—. Esa miniatura que tienes en la mano es como viene en la caja, pero la gente las pinta, hay auténticos artistas que consiguen unos resultados asombrosos. Es todo un mundo.

Una vez sentados en el sofá, David le pasó una cerveza fría a su hermano.

—Cuéntame, ¿cómo está la cosa con Alejandra? —le dijo con tono burlón.

—Todo está igual, no empieces. Somos compañeros...

—No te lo crees ni tú, hermano. Pero bueno, tú sigue perdiendo el tiempo, que otro vendrá

y entonces sí que solo seréis compañeros —dijo dándole un codazo en las costillas.

—No tenemos ni tiempo para eso y menos ahora con el abogado asesinado...

—¿Pinta mal la cosa?

—La verdad que sí, lo malo es que aún puede empeorar bastante.

—No creo que eso te vaya a parar, seguro que detenéis a ese tío.

—Déjame de trabajo, ¿y tú?, ¿has conocido a alguien? No me digas que no. No me lo creo.

—De momento nada, Marco, tampoco me apetece.

—¿Y te atreves a darme consejos a mí? Creo que te tendré que presentar a alguien del equipo, te gustaría...

—Lo que me faltaba, mi hermano pequeño buscándome pareja.

Tras un par más de cervezas, Marco se despidió de su hermano. Le echó un último vistazo al juego de mesa y se fue a casa. Tenía una idea clara de adónde iría al día siguiente a primera hora.

HOBBY

Alejandra no pudo conciliar muy bien el sueño, siempre le pasaba lo mismo cuando tenían entre manos un caso complicado, su cabeza no podía desconectar. El rato que estuvo sentada en el sofá acariciando a su gata fue lo mejor de la noche, justo hasta que en la televisión empezaron hablar de Andrés Longoria. Aprovechando el momento, apagó el televisor y decidió acostarse.

A las seis de la mañana estaba corriendo por el parque cercano a su casa, intentaba usar ese momento para organizar mentalmente el día. Estaba deseando que Itziar terminara la autopsia del cadáver y que las imágenes de las cámaras les dieran alguna pista.

Después de una reparadora ducha recibió un mensaje de Marco.

«Ale, llegaré más tarde, tengo que pasar por un sitio que creo que nos dará alguna pista sobre el caso. ¡Cúbreme!, Bs».

—Estupendo..., empezamos bien.

Marco aparcó su coche cerca del centro. Una búsqueda rápida por internet le dio como resultado que había dos tiendas que vendían juegos de mesa cerca de la comisaría. Eligió una cuyo nombre era HobbyMinis porque era la que antes había y entró. El ambiente en el local estaba un poco cargado, quizás la ventilación no era la mejor en aquel sitio. Metallica sonaba por el hilo musical. Un mostrador quedaba a su izquierda y el dependiente estaba de espaldas colocando una serie de figuritas en las estanterías. A Marco le parecieron ridículas, unos muñecos cabezones que simulaban ser personajes de películas, series y dibujos animados. Algún éxito deberían de tener, porque no tenía allí menos de cincuenta. Dio un vistazo rápido a la tienda mientras el dependiente terminaba de colocar todo; frente al mostrador había una estantería de pared a pared llena de lo que parecían ser juegos de mesa, de todos los tipos, formatos y colores. A Marco le resultó curioso no saber nada de ese mundo, él había pasado del Trivial al Monopoly y poco más. Le sorprendió la gran variedad de temáticas que había, desde construir un poblado a asaltar un tren o ser un pinche de cocina. Un poco más adelante se veían

unas mesas y sillas, seguramente pasarían allí muchas horas dedicadas a ese mundillo, y junto a ellas una vitrina con decenas de miniaturas pintadas, como le había dicho su hermano.

—¡Hola, buenos días! ¿En qué puedo ayudarle? —le sorprendió el empleado.

—Hola, buenos días, necesito asesoramiento sobre una miniatura.

Alejandro, que era el nombre que ponía en la chapa del empleado, parecía entusiasmado de poder ayudar con esa simple frase. Se ajustó las gafas y se acercó a ver la imagen que Marco le enseñaba desde su móvil. La miniatura encontrada junto al cadáver de Andrés se veía bastante clara. Alejandro puso cara de sorpresa.

—¡Vaya, Amanda Sharpe! —dijo Alejandro aún más entusiasmado.

—¿La conoces? —A Marco le resultaba raro hablar así de una figurita de plástico gris, como si fuera alguien de la vida real.

—¡Claro!, muchas partidas he jugado con ella, aunque no he tenido la suerte de tener esa figura en mis manos, nosotros tenemos la edición básica del juego, ¿lo conoce? ¿Arkham Horror?

—No, la verdad es que no tengo ni idea de este mundillo... aún...

—Es un juego de mesa basado en los mundos y mitos creados por H.P. Lovecraft. Tiene ya unos años y han salido bastantes expansiones. Originalmente, el juego viene sin miniaturas, son trocitos de cartón que se ponen sobre unas peanas. Al tiempo sacaron una serie limitada con algunos de los monstruos y un pack con los investigadores más emblemáticos. Ahora mismo está descatalogadísimo y si lo encuentra por eBay o algún sitio así le pedirán bastante dinero por él. ¡Pardox, ven, acércate!

Del fondo de la tienda apareció otro empleado un poco más alto y delgado que Alejandro. Se acercó al mostrador y puso la misma cara que Alejandro al ver la miniatura.

—¡Esa Amanda! —dijo casi orgulloso de haberla reconocido—. Me temo que no hay stock de esas miniaturas ahora mismo.

Marco no pudo disimular una sonrisa al pensar en el nombre del recién llegado, seguramente sería costumbre hablarse o dirigirse a uno por los nicks que usaban para internet.

—¿Tenéis alguna copia del juego?

—Sí, pero quizás si no está muy versado en el tema podría llevarse uno más reciente y con

unas mecánicas más sencillas, se llama Helderich Horror.

—No, creo que me quedo con Arkham, muchas gracias.

Alejandro pasó unos minutos buscando el juego en la gran estantería mientras Pardo volvía a sus quehaceres. Después de pagar y que le regalaran un paquete de fundas para cartas que no sabía muy bien para qué servía, salió a toda prisa de la tienda en dirección a la comisaría.

10

RECOPIACIÓN

El ambiente en la comisaría estaba revuelto esa mañana. Marco llegó, juego en mano, a la sala C. Todos sus compañeros estaban atareados con una u otra cosa.

—¿Se puede?

—¡Hombre, jefe, lo estábamos esperando! —se apresuró a contestar Miriam.

—Siento el retraso, ¿dónde están Jon y Salva?

Alejandra, que estaba de espaldas a él, se dio la vuelta para contestar con aire resignado.

—Están hablando con la viuda de Longoria. Viendo que tardabas y para no perder tiempo, les dije a ellos que fueran.

—Perfecto, Alejandra, gracias. Vamos a ponernos al día con lo que tenemos.

Todo el equipo se sentó alrededor de la gran mesa llena de papeles. Marco, de pie en un extremo, dejó el juego encima de la mesa mientras todos lo miraban en silencio y sorprendidos. Con un cúter rasgó el plástico que lo cubría y levantó la tapa.

—¿Vamos a echar unas partidas? —JJ parecía realmente interesado en ello.

—Esta mañana he pasado por una tienda donde unos alegres muchachos nos han dejado un rastro que seguir. Esto que veis aquí es el juego del cual proviene esa figurita que encontramos junto al cadáver de Longoria. —Mientras hablaba, iba sacando y poniendo ordenadamente encima de la mesa los componentes del juego—. Según parece, nuestro asesino es fan de este tipo de juegos. ¡Por fin!

Como si de un tesoro se tratara, Marco les enseñó a todos lo que estaba buscando dentro de la caja del juego. Levantó entre sus dedos un cartón de poco más de tres centímetros de alto por

dos de ancho, en él estaba dibujada la figura de Amanda Sharp. Alejandra enarcó las cejas ante el descubrimiento y todos se miraron sonriendo.

—Según me han contado, esto es lo que viene en el juego original, aparte se vendieron unas figuritas en versión limitada de los investigadores del juego, Amanda incluida.

—¿Y qué podemos sacar de eso? —Pedro se estaba cansando un poco de la explicación.

—Bueno, para serte sincero, aún no lo sé, pero pensadlo un momento. El asesino deja la figura de Amanda junto al cadáver, y resulta no ser algo que vas y compras en cualquier sitio... Tiene su valor, algo de importancia tiene que tener como para haberlo hecho.

Todos asintieron en silencio.

—JJ, quiero que te empapes bien de qué va este juego, tenemos que averiguar por qué es importante para él. También quiero que busques por ahí lo que puedas de H.P. Lovecraft, parece ser que el tema del juego está basado en los escritos de este buen hombre.

—Entendido, Marco, me pongo con ello.

—¿Qué más tenemos? —preguntó Marco haciendo el juego a un lado.

—Nos han enviado las imágenes de la noche pasada, las estamos procesando en este momento para poder visionarlas. Por otro lado, el conserje nos ha pasado una lista de unas treinta personas que pasaron por su puesto, según nos dice, todos conocidos del edificio. —Alejandra levantó un folio escrito a mano con una caligrafía de cuadernillo.

—Bien, Pedro, repasa esos nombres, si tiene que venir nuestro amigo el conserje a explicarte quién es quién, que venga. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Manuel Campo, tenemos sus datos por algún sitio.

—Ok, Pedro, te encargas tú.

Pedro asintió, se levantó y le quitó la hoja a Alejandra, que aún la sostenía hacia arriba.

—Tenemos otro tema en el aire, Marco. —Miriam le pasó el periódico de la mañana.

En primera plana se veía el despacho del abogado con los técnicos del laboratorio trabajando sobre el cadáver, por suerte no se veía ninguna rasgo destacable del cuerpo.

—No entiendo cómo se nos pueden filtrar estas cosas. En fin, sabíamos que tarde o temprano esto pasaría.

—En una hora daremos una rueda de prensa para que no cunda el pánico.

—Gracias, Miriam, no tengo paciencia con estas cosas, ya lo sabes. Luego nos pones al día.

En ese momento el móvil de Marco vibró sobre la mesa.

«Si no estas ocupado... nos vemos donde siempre... Ya te echo de menos...».

La sonrisa de Marco no pasó desapercibida para Alejandra.

—Ale, tú y yo nos vamos a los sótanos.

Los sótanos de la comisaría se dividían en dos pasillos, hacia la izquierda los archivos, a la derecha los dominios de Itziar. Al cruzar la puerta de entrada el fuerte olor a lejía y hospital les sobrevino encima.

—Creo que no podría trabajar aquí, no soporto este olor.

—Bueno, casi es mejor que huela a limpio, de todas formas, creo que Itziar ya ni lo nota.

Al entrar en la sala forense sus ojos se fueron directos al cuerpo que estaba encima de la camilla metálica. Itziar, de espaldas, movía su cuerpo al ritmo de la música que escuchaba. Marco llegó a escuchar unos acordes de «Fear of the dark» y a Bruce Dickinson dándolo todo antes de que ella se diera la vuelta y los viera.

—No haces esperar a una chica, ¿verdad?, y traes compañía —dijo Itziar quitándose los cascos y señalándoles el cadáver.

A Alejandra le encantaba la forma de ser de Itziar, lo sencillo que lo explicaba todo. A pesar de estar rodeada siempre de lo peor, nunca le faltaba una sonrisa.

—Se ensañaron bien con el pobre, causa de la muerte evidente, incisión de izquierda a derecha en la garganta, murió ahogado en sangre. Después de eso le cortaron los párpados, desde ya os digo que no es fácil, el corte es limpio, el asesino no titubeó. —Mientras hablaba señalaba las partes del cuerpo a las que hacía referencia—. Tenía que ir preparado, para el cuello y las laceraciones que presenta en el pecho usó un cuchillo muy afilado. Escribió las letras en su pecho hundiendo la hoja bastante, tiene varias costillas rotas y cortes en órganos internos. Poco más que contarnos, sin huellas, ni dactilares ni de pisadas, tampoco hemos encontrado nada en el escenario que nos ayude a identificar al asesino. Lo limpió todo bastante bien. Sí que hemos

encontrado rastros de hipoclorito de sodio en las manos de la víctima y en algunas partes del despacho, como en el pomo de la puerta.

—Hipo... ¿qué?

—Lejía, simplemente.

—No tenemos mucho con lo que empezar, todo el mundo tiene lejía en su casa —apuntó Alejandra.

—El asesino le cortó la garganta por detrás, de ahí podemos sacar que es diestro. Aparte de eso, poco más os puedo decir, aunque seguiré haciendo pruebas.

—Gracias, Itziar, ojalá tengas suerte y des con algo. Por cierto..., a mí me gusta más «Sign of the cross».

—Siempre has sido muy blando.

Al salir del sótano, tanto Alejandra como Marco parecían decaídos, porque sabían que sería complicado que un asesino que se tomaba tantas molestias para escenificar su obra se dejara una huella en el escenario. Aunque era prácticamente imposible, hasta que no lo comprobaran, había una mínima esperanza.

—Te invito a un café para animar el ambiente, ¿te parece?

—Estaba pensando en lo mismo.

Minutos después estaban en La Tertulia. Se sentaron cerca de un gran ventanal y pidieron café y tostadas.

—¿Piensas que volverá a actuar? —preguntó Alejandra, aunque sabía la respuesta.

Marco respiró profundamente antes de contestar.

—Sintiéndolo mucho, no me cabe duda, creo que nos esperan unas semanas movidas si no somos capaces de ver lo que el asesino nos tiene preparado y anticiparnos a él.

—¿De dónde sacaste lo del juego?

—Pues mi sobrino y mi hermano son los culpables, estuve con ellos anoche y vi que tenían

un juego montado en una mesa con figuras como la que vimos en el despacho. Eso me dio la idea y, bueno, parece que tendré que jugarle alguna partida con ellos cuando esto termine.

—¡Me apunto! —Alejandra chocó su café con el de Marco—. Por cierto, ¿qué tal tu hermano?

—Bueno, si le preguntas a él, dice que bien. Yo creo que no termina de superarlo, pero la verdad es que con Daniel fenomenal, se han adaptado muy bien.

—Me alegro, fue un trago muy duro.

Jon y Salva estaban de vuelta en comisaría cerca de mediodía. La charla con la viuda no había dejado nada destacable para la investigación; no sabía quién podría haberle hecho eso a su marido y en su estado de nervios articulaba pocas palabras. Poco más que dejarle una tarjeta con sus teléfonos por si recordaba algo en los días sucesivos y un «Nos pondremos en contacto con usted cuando tengamos novedades» fue la actuación de los dos detectives.

JJ se leía con avidez las instrucciones del juego, Miriam peleando con la prensa, Pedro enfrascado en llamadas de teléfono para intentar descartar nombres de la lista, Jon con las imágenes del recibidor de la Torre, ayudado por Alejandra, que no había perdido ni un momento desde que llegó de desayunar, y Salva ordenando toda la información en las pizarras de pruebas. Marco, después de poner a todos al corriente del informe de la forense, intentó concentrarse en su silla con las manos cubriéndose la cara.

Tenía que haber una relación entre la figura y el abogado, entre su atroz asesinato y la inscripción de su pecho, «No existo».

—Sí existes, y te vamos a cazar.

11

CARLA

El horario de la biblioteca llegaba a su fin, y Carla empezó a recoger todos los papeles desparramados por la mesa para meterlos metódicamente en sus carpetas correspondientes. Quedaba un mes para los parciales y ya iba sintiendo el agobio de las horas que sabía le iban a faltar. Cursaba cuarto año de Derecho y cada vez se le hacía más cuesta arriba; apenas tenía tiempo para compaginar las clases con un trabajo que le permitía subsistir medianamente en la ciudad y estudiar para los parciales. Había tomado la iniciativa de ir a la biblioteca todos los días, como rutina para obligarse, pero últimamente estaba más pendiente de ver que el reloj situado sobre su cabeza marcara las once menos cuarto, para salir corriendo, que de estudiar cualquier tema de Derecho Administrativo. Ese día estaba especialmente cansada. La semana había sido dura.

Con todo en su mochila, se encaminó hacia la puerta de entrada, donde una siempre servicial Magda le daba las buenas noches como de costumbre y cerraba la puerta tras ella. La sensación de notar el aire frío en la cara, en contraste con el calor que llegaba a ser sofocante dentro de la biblioteca, le encantaba. Ese último paseo del día se convertía en el más apreciado tesoro para ella. Apenas había un kilómetro desde allí hasta el piso que compartía con sus dos amigas, Ana y Nazaret.

Mientras caminaba, organizaba su día siguiente. Era una chica de costumbres, solo los sábados por la noche se dejaba arrastrar por sus amigas para desintoxicarse de las rutinas semanales, pero hasta eso había convertido en una rutina. Era una noche estrellada y tranquila, Carla se puso los auriculares y subió el volumen de la música. Era una fan incondicional de Guns N' Roses y, aunque llevaban tiempo sin sacar nada nuevo, no podía dejar de escucharlos. En ese momento Slash hacía un solo de guitarra que le erizaba el pelo en «Civil war», una de sus preferidas. Cuando terminaron de sonar los acordes le pareció oír un ruido tras ella; volvió la

cabeza instintivamente, pero allí no había nadie. Era el turno de «You could be mine» y de tararear su estribillo, acompañando a Axel Rose durante toda la canción.

Pero esa noche no podría terminarla. Una sombra se cernió tras ella, la agarró por la espalda con una fuerte mano y sintió como su cabeza se estiraba hacia atrás. Carla no tuvo tiempo ni de gritar, no entendía lo que pasaba y dejó de pensar en todo unos segundos después.

DESCONCIERTO

A las ocho de la mañana todo el equipo de detectives, a excepción de JJ y Pedro, que seguían revisando imágenes y descartando sospechosos, entraba en la sucursal del Banco Nacional. Habían recibido la llamada del director del banco treinta minutos antes entre sollozos y voz entrecortada. El despliegue hacia allí había sido inmediato. Alrededor de la entrada principal estaban colocados dos policías resguardando la puerta. Otro de ellos delimitaba con cinta amarilla un espacio suficiente para alejar a los curiosos que a esa temprana hora pasaban por allí en dirección a sus trabajos.

Dentro del banco el olor dulzón y metálico invadía la cargada atmósfera. Lo había vuelto hacer.

—Dios mío, no puede ser... —Alejandra no pudo reprimir un gemido de angustia mientras contemplaba la escena.

Miriam tuvo que apartar la mirada de lo que allí se representaba. Jon, Marco y Salva, sin embargo, no podían apartar los ojos de ese espectáculo digno de una película gore.

Una chica de apenas veinticinco años, desnuda, crucificada a un metro del suelo en la pared frente a la puerta. En sus manos tenía unos grandes clavos que la sujetaban a la pared. Otro de ellos le cruzaba los dos pies. Su cabeza estaba erguida de forma siniestra y parecía mirar a todos los allí presentes, los párpados habían sido cortados y en su pecho desnudo le habían escrito a cuchillo «No me veis». La sangre le caía de las heridas, su vello púbico ahora estaba teñido de rojo y, desde la punta de los dedos de sus pies, las gotas iban formando un charco bajo ellos.

Itziar y su equipo no tardaron en llegar para proceder a tomar las pruebas necesarias antes de descolgar a aquella pobre chica de la pared.

El silencio era absoluto. Nadie se atrevía a decir nada. Esa imagen los perseguiría a todos durante mucho tiempo.

—Tenemos que identificarla lo antes posible. —Marco intentó deshacer el encantamiento que los tenía a todos ensimismados—. Alejandra, habla con el director del banco. Miriam, ve con ella, no creo que el hombre esté pasando un trago agradable. Jon, consigue las imágenes de las cámaras de seguridad. Salva, igual no sirve de nada, pero quiero que salgas ahí fuera y fotografíes a todos los mirones que estén disfrutando del espectáculo con discreción. No creo que tengamos suerte, pero igual este hijo de puta se ha quedado por aquí para regodearse bien de lo que ha hecho.

Todos se pusieron en marcha intentando dejar atrás la imagen de la chica. Marco se acercó a Itziar y casi susurrándole le dijo:

—Haz lo que puedas, Itziar, confío en ti. Tenemos que coger a este cabrón.

Itziar, que en ese momento estaba poco menos que conmocionada, asintió con la cabeza. Lanzó órdenes a los dos técnicos que la acompañaban y empezaron a desplegar sus herramientas por el suelo del banco.

—Cuéntenos qué ha pasado. —Alejandra le preguntó al director sin rodeos ni saludos protocolarios.

—No... no sé... No la conozco, no sé quién es —balbuceó.

—Tranquílcese, tome, beba un poco. —Miriam le acercó al director un vaso de agua y este lo cogió encantado.

—¿Cómo se llama?

—José. José Hernández.

—Bien, José, recuerde, paso por paso, cómo llegó esta mañana al banco.

—Llegué sobre las ocho menos diez, apagué la alarma y entré. Noté, lo primero de todo, el olor, pero no fue hasta que encendí las luces cuando vi a esa pobre chica allí colgada. ¡Dios mío!

—¿Quién tiene acceso al banco? ¿Cómo se explica usted que alguien hubiera entrado,

preparado esto y después salido tan campante?

—No tengo ni idea... Solo Raquel, la subdirectora, y yo tenemos la llave de entrada, pero ella está de vacaciones ahora. Bueno, también la empresa de limpieza que viene tres veces por semana, pero anoche no les tocaba.

—Necesitamos un listado de todos los trabajadores del banco y el nombre de la empresa de limpieza.

—Lo que necesiten, se lo daré todo en un momento.

13

INTERLUDIO

Las siguientes horas fueron una locura total. La gente no dejaba de acercarse al lugar del crimen. Los periodistas, como auténticos buitres, esperaban la foto perfecta, la crónica de lo que sucedía allí. Todos trabajaban contra reloj, tanto recogiendo muestras como interrogando al personal del banco y dueños de negocios cercanos. Nadie había oído nada, nadie había visto nada... «No existo», «No me ves». Marco no dejaba de pensar en eso. ¿Cómo era posible que no tuvieran nada? ¿Con quién estaban tratando? Solo preguntas y más preguntas, pero ni una sola respuesta. Necesitaban algo y rápido.

El cuerpo de la víctima desapareció en la furgoneta forense de camino al depósito. El banco seguiría clausurado de momento. Alejandra junto con Miriam terminaron de interrogar a todos y cada uno de los trabajadores sin ningún resultado. A última hora de la tarde Marco los reunió a todos.

—No podemos hacer más, id a casa y descansad lo que podáis, os necesito bien despiertos por la mañana.

El rostro de todos era el mismo, dibujado de cansancio y rabia a la vez. Cada uno a su manera disimulaba lo mejor que podía, pero la realidad era que no esperaban algo así y menos con tan poco tiempo de margen. El asesino estaba ejecutando un plan y parecía tener prisa. El único nexo común era el Derecho. Un abogado. Una joven estudiante.

El camino a casa de Marco estuvo repleto de preguntas de ese tipo en su cabeza. Cuanto antes encontraran una relación o un porqué para aquella carnicería, antes encontrarían a su autor.

Después de una relajante ducha, Marco encendió el equipo de música. Se puso los cascos y le dio volumen, se había propuesto no pensar más en el caso hasta la mañana siguiente, pero era imposible. Las imágenes de los cadáveres daban vueltas en su cabeza. Cerró los ojos cuando los

primeros acordes de «Stairway to Heaven» empezaron a sonar. Notó el móvil vibrar y leyó un mensaje en él.

«¿Misma hora, mismo lugar?».

La respuesta fue fácil. Le vendría bien desconectar.

«Misma hora, mismo lugar».

Sentado en el sitio más alejado de la barra de aquel bar, Marco tomaba su segunda cerveza, y pensó, no sin un poco de gracia, en los polis de los libros. Todos atormentados, separados, con problemas con el alcohol y las drogas, peleados con el jefe y un largo etcétera. Los estereotipos de las novelas policíacas rara vez se daban en la vida real, pero allí estaba él metiendo en el cuerpo su segunda cerveza.

—Hola, ¿te puedo invitar a otra? —Una morena de pelo largo se aproximó hacia su oído y le susurró—: Dicen que aquí preparan unos *gin-tonics* bastante aceptables.

—Tomaré lo que tú.

Mientras ella pedía de puntillas, pese a su estatura, Marco pudo ver sus fuertes piernas que resaltaban aún más con las mallas ceñidas negras que llevaba. No era delgada, pero las curvas de su cuerpo estaban muy bien proporcionadas. Quizás natación, zumba, spinning, a Marco le hacía gracia la cantidad de nombres que la gente le ponía a las actividades físicas. Ella se volvió en el momento en que Marco le estaba mirando el culo, sonrió y, mientras le daba la copa, se acercó de nuevo a su oído.

—¿Te gusta lo que ves?

Se separó de él y lo miró a los ojos con una sonrisa pícara, estaba preciosa, se bajó despacio la cremallera de su chaqueta de cuero quizás unos centímetros más de lo que hubiera sido normal. Su canalillo adornado con tres pecas hacía imposible quitar la vista de allí.

—Ya sabes que sí.

En un estado cercano a la embriaguez llegaron al piso de él, acertaron a meter la llave en la cerradura sin dejar de besarse furiosos. Entraron a trompicones y el sofá les dio la bienvenida. Ella, sobre él, se quitó la chaqueta; él, con torpeza, le quitó la camiseta, sus poderosos pechos

terminaron en su boca, ella ya gemía mientras le mordisqueaba con sus labios los pezones. Con destreza sacó la correa de los pantalones haciendo de ello algo totalmente erótico, un botón, una cremallera y su mano acariciándole el sexo. La erección era ya en ese momento total.

—Nos hemos ganado esto... —le dijo sensual antes de bajar a reconocer lo que tenía allí.

El insoportable «beep» de su despertador sonó con rabia. Las 7:27 se reflejaba en rojo parpadeante. Estiró la mano con torpeza, llevándose por delante una copa de vino que terminó hecha añicos en el suelo. Paró el despertador y miró a su izquierda. Ella ya no estaba. Como de costumbre. Un acuerdo tácito entre los dos. Una noche de sexo increíble y todo como siempre. No pasarían nunca de ahí. Ella no creía en las relaciones. Itziar era así.

PRINCIPIOS

—Tenemos que obtener resultados, no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras están masacrando a la gente en la ciudad. ¿Qué piensas hacer? ¿Cómo coño vas a detener esto? No sé cómo decirte las presiones que tenemos. Estamos en el punto de mira de la prensa, los ciudadanos, todo el puto país quiere saber cómo vamos a atrapar a ese hijo de puta. —El comisario estaba totalmente fuera de sí, Marco pensaba que, aun con todo, estaba siendo blando. De sobra sabía cómo le estarían lloviendo las críticas al departamento y él no podía hacer otra cosa que asentir y agachar la cabeza—. Sal ahí fuera, Marco, y pon patas arriba las malditas calles, ¡alguien tiene que saber algo!

De vuelta a la sala C ocupó su posición como detective al mando.

—Bien, acaban de leernos la cartilla y con razón. ¿Qué tenemos? Y, por favor, dadme buenas noticias.

JJ fue el primero en hablar:

—Carla Gómez, veintitrés años, estudiante de Derecho, hacía el recorrido de la biblioteca hasta su piso cada noche, vive cerca de allí con dos amigas. Jon está con ellas ahora. Detrás de uno de los mostradores del banco encontramos su mochila con sus cosas y algo más. —JJ puso encima de la mesa una bolsita de plástico con una figura dentro.

—¡Mierda!, cómo es posible que no hubiéramos caído en esto. ¿Pertenece al juego?

—Sí, Marco, pertenece al juego, pero hay más. Cada personaje del juego tiene una carta donde explican sus habilidades y una pequeña introducción de su historia personal. Aparte de eso, también le indican al jugador en qué parte del tablero empieza. ¿Recordáis la anterior figura? Amanda Sharpe, estudiante, ¿sabéis dónde empieza a jugar? —JJ puso la imagen de la carta de Amanda en la pantalla del proyector mientras hablaba—. En el banco.

—¡No me jodas! ¿Tenemos a un chiflado recreando una partida de rol en el mundo real?
—Marco se levantó de la silla para coger la nueva figura—. ¿Nos dice quién va a ser su siguiente víctima?

—Todo parece indicar eso. Durante la partida, los jugadores son los investigadores que se van moviendo por el tablero para cerrar unos portales que van apareciendo en las diferentes localizaciones. Cuando hay un número determinado de portales abiertos, eso desencadena que el monstruo final aparezca y los investigadores tienen una última oportunidad de derrotarlo. El primigenio, lo llaman.

JJ revolvió un poco los papeles de su mesa y levantó uno en concreto.

—Y tengo más. H.P. Lovecraft —continuó— fue un autor del siglo pasado de lo más peculiar, se le relacionaba con logias, esoterismo, ocultismo y no sé cuántas cosas más, todas del mismo estilo. Escribió, sobre todo, relatos de ciencia ficción y terror. Se dice que la inspiración le venía de sus sueños.

—¡Cojonudo! —interrumpió Salva.

—Aún hay más, este tío se hizo su propio universo de seres mitológicos, uno de los más famosos es Cthulhu, sobre el que versa el juego.

—¡Genial! Otro loco de atar jugando a juegos de rol. —Alejandra no salía de su asombro.

—No es un juego de rol al uso —apuntó Miriam—. Tenemos a un desequilibrado cometiendo crímenes y dejando pistas para que lo encontremos. Pretende desafiarnos. Y no va a parar. Es metódico, no deja nada al azar. Aún no tenemos nada sólido contra él. Lo peor de todo es que creo que tiene su plan muy bien elaborado.

—No tan deprisa, Miriam. —Pedro levantó la mano—. Tenemos una coincidencia. Cotejamos las imágenes con la lista del conserje: todo normal, nada raro, gente que trabaja allí, no hay visitas a esas horas. Pero tenemos tres empresas de limpieza que van por las noches a dejar listas las oficinas para el día siguiente. Una de ellas coincide con la empresa de limpieza del banco: Limpiezas W&D.

—No puede ser una casualidad. ¡Buen trabajo, Pedro!

—Hemos hablado con el gerente. Nos manda la lista de empleados y tanto los turnos como los lugares en los que trabaja cada uno. Creo que lo hemos asustado lo suficiente como para que no hable con nadie de su equipo hasta que sepamos algo más.

—No podemos perder tiempo, pero si resulta que el asesino trabaja allí será mejor que lo pillemos desprevenido. Vuelve a llamarlo, ¡necesitamos esa lista ya! —Pedro salió de la sala teléfono en mano.

Marco, con la figura aún en la mano, preguntó:

—JJ, ¿sabemos quién es este tío?

—Sí, lo tenemos. Bob Jenkins, profesión: vendedor, lugar de aparición: almacén.

—¡Mierda! No podemos sacar nada de ahí, ¿cuántos vendedores o almacenes hay en toda la ciudad? Tenemos que estrechar más el cerco. JJ, busca lo que puedas y como puedas. Miriam, necesitamos un perfil de este tío, tenemos que encontrarlo ya.

Durante la siguiente hora, todos se centraron en la lista de la empresa de limpieza. Veintitrés nombres de trabajadores, cinco hombres, dieciocho mujeres. Un sospechoso.

SOSPECHOSO

—Ángel Esparza. Treinta y cinco años. Sin antecedentes, trabaja en la empresa desde hace cuatro meses, sin ningún problema. Poco hablador y buen trabajador. Nada de su vida privada, no está casado ni lo ha estado. Sin ningún dato relevante desde que compró su casa en la calle Arenal, número 15. Padres: Antonio y Julia, fallecidos cuando Ángel tenía ocho años. Desde esa edad estuvo de orfanato en orfanato hasta que encontraron una familia para él. Jose y Judith, ambos fallecidos en accidente de coche hace dos años. Trabajó la noche del asesinato en la Torre y tiene acceso a las llaves del banco. —JJ recitó con entusiasmo toda la información recabada sobre Ángel Esparza con rapidez y soltura.

—Concuerda con el posible perfil del asesino, tanto en edad como por su vida familiar —apuntó Miriam—, estamos ante una persona metódica y calculadora. Se siente poco valorado, necesita una dosis de reconocimiento y con estos crímenes espera conseguirlo. Ha tenido que superar, que sepamos, dos traumas considerables, sobre todo uno siendo muy pequeño. Tampoco le habrá ayudado a recomponer su cabeza el estar en orfanatos tanto tiempo.

—Tiene que ser nuestro hombre. Iremos a por él. Miriam, pide la orden de registro y detención al juez. No creo que tengamos problemas en obtenerla —sentenció Marco.

Se pusieron en marcha casi de inmediato, esperarían la orden del juez de camino a su casa.

—Espero que no nos equivoquemos en esto —dijo Alejandra, abrochando el cinturón.

—Tiene las llaves de las dos escenas, un hombre solitario. Parece un asesino de manual. Solo espero que lleguemos a tiempo.

Diciendo esto, Marco arrancó el coche y puso rumbo a la calle Arenal. Jon y Salva lo seguían a poca distancia.

La tenue luz roja ilumina la pequeña habitación. En la mesa de trabajo que hay a la izquierda de la puerta descansan tres cubetas tamaño folio. Con destreza, la sombra, con unas pinzas que tienen la punta de goma, pasa el papel fotográfico de una a otra, el tiempo justo para que, poco a poco, la imagen que contiene oculta vaya apareciendo. Una vez aclarada, la sombra la cuelga de un cable que cruza la habitación de lado a lado, junto con las otras veinte fotos. Las contempla y sonrío: Marco entrando en el banco junto a Alejandra; Miriam detrás con Salva y Jon; la camilla con la víctima junto a Itziar; la gente intentando ver algo macabro desde la cinta de la policía; la prensa intentando sacar una instantánea perfecta para su portada del día siguiente.

—Alejandra y yo por delante. Jon, tú con Salva por detrás. No se puede escapar.

Marco y su equipo se preparaban en la calle paralela a la casa de Ángel Esparza, todo estaba tranquilo. La casa era una planta baja con un pequeño jardín bien cuidado. Avanzaron hasta la puerta de la casa, despacio, observando las cortinas de las ventanas. Jon y Salva se desviaron del camino de entrada y aceleraron el paso hasta el lateral de la casa buscando la puerta de atrás. Una vez todos estuvieron en posición, Marco preguntó a Alejandra:

—¿Estás preparada?

—Adelante.

Pulsó el timbre.

El timbre de la casa lo sobresaltó. Salió de la habitación cerrándola con llave y se dirigió a la cocina. Cogió un cuchillo de uno de los cajones y se lo colocó en la parte de atrás del pantalón sujetándolo con el cinturón y pasó al recibidor. Tensó el cuello y lo movió de izquierda a derecha, lo que produjo un crujido grave. Agarró el pomo de la puerta con la mano izquierda mientras con la derecha cogía fuerte la empuñadura del cuchillo.

Cuando Marco iba a volver a llamar al timbre la puerta se abrió, y delante de ellos Ángel los miró sin ningún tipo de emoción en su cara.

—¿Ángel Esparza? —pregunto Marco.

—Sí, ¿qué desean?

—Detectives Duarte y Verdú. Queda detenido como sospechoso del asesinato de Andrés Longoria y Carla Gómez —dijo Marco a la vez que le enseñaba una orden firmada en tiempo récord por el juez de turno mientras Alejandra sacaba sus esposas y terminaba de leerle sus derechos.

Jon y Salva volvieron a la puerta delantera, Ángel salía de su casa con las manos esposadas sin ofrecer ningún tipo de resistencia.

—Toda la casa para vosotros, Itziar está de camino.

—¡Buenos días, señor! ¿le interesaría colaborar con la fiesta de la iglesia que se celebrará este fin de semana?

La sombra relajó la mano que tenía sobre la empuñadura del cuchillo y, ofreciendo su mejor sonrisa, dijo:

—Lo siento, pequeña, no soy creyente. —Cerró la puerta, se apoyó tras ella y dejó escapar un suspiro. Todo seguía igual.

INTERROGATORIO

El hombre sentado al otro lado del espejo estaba tranquilo, con las manos encima de la mesa y mirando fijamente al cristal. Medía cerca de metro setenta y no tenía ningún rasgo distintivo que sobresaliera de una u otra forma.

—No tiene pinta de asesino, la verdad. ¿Estáis seguros de esto? —El comisario miraba con gesto de preocupación a sus hombres allí de pie, observando a su detenido.

—Confesará.

Marco no apartaba los ojos del cristal, con la mirada fija en el detenido esperaba pacientemente algún gesto que pudiera aprovechar a su favor. A su lado, Alejandra lo miraba entre sorprendida y un poco nerviosa por cómo podría reaccionar dentro de la sala de interrogatorio. Marco solía llevar a su terreno a los interrogados y no perdía los papeles, aunque esta vez no estaba segura de que lo pudiera hacer.

—Es la hora, vamos allá.

Entraron en la pequeña habitación, Ángel no se movió ni un milímetro. Marco y Alejandra se sentaron frente a él y dejaron caer con fuerza una carpeta marrón llena de papeles. Ángel los miró por fin, primero a Alejandra y, tras una pausa, cambió su vista hacia Marco. Allí se quedó esperando que comenzaran sus preguntas.

—Hola, Ángel, ya sabes por qué estás aquí, vas a contarnos todo lo que has hecho estos últimos días, parece que has estado muy entretenido. —Marco habló despacio.

Ángel siguió mirándolo sin hacer ningún movimiento perceptible. Eso irritaba a Marco, que intentaba serenarse para no saltar sobre él y coserlo a puñetazos.

—Mira, estás aquí, olvídate de salir, vamos a dejarnos ya de hostias. Empieza a contarnos por qué hiciste lo que hiciste. —Marco abrió la carpeta y sacó una a una las fotos de los cadáveres y fue poniéndolas frente a él—. ¿Te resultó fácil matar a esa gente a sangre fría? ¿Tenías algo contra ellos o solo los elegiste porque sí? ¡Habla, joder! ¡Vas a pasar en la cárcel lo que te queda de vida!

Alejandra cogió a Marco del brazo para intentar que se calmara y tomó la palabra.

—Mira, Ángel, tu situación es bastante comprometida ya como para que encima te quedes callado y no respondas.

Ángel la miró tranquilamente, pero seguía sin decir nada. En ese instante la puerta de la sala de interrogatorios se abrió de golpe y un hombre de unos cincuenta años con el pelo canoso y bien vestido apareció portando un maletín de piel a juego con su chaqueta.

—Buenos días, creo que el interrogatorio ha terminado. Hasta donde yo sé mi cliente no ha podido hacer una llamada para solicitar mis servicios, cosa que queda bastante mal en estos casos.

—Si no es así, ¿qué cojones hace usted aquí y quién lo ha llamado? —Marco no ocultaba de ninguna forma cómo le empezaba a hervir la sangre.

—Gracias a Dios las noticias corren. Ahora, si me permiten, mi cliente y yo vamos a tener una charla en privado y nos vamos hasta que tengan algo con lo que acusarlo. —El abogado hablaba con mucha parsimonia, se notaba que estaba curtido en más de una batalla—. Por cierto, mi nombre es Ernesto Geijó —dijo mostrándoles una tarjeta que terminó dejando sobre una de las fotos que estaban esparcidas sobre la mesa.

—«Su cliente» está acusado de doble asesinato, así que no corra usted tanto y déjenos hacer nuestro trabajo. Tenemos una orden del juez para registrar su casa, cosa que estamos haciendo en estos momentos. En pocos minutos tendremos pruebas suficientes para que pase en la cárcel el resto de sus días.

—Entiendo, pues sintiéndolo mucho, esto huele bastante mal para ustedes. Si encuentran esas «pruebas», como usted dice, volveremos a vernos. Mientras, quítenle las esposas a mi cliente y déjenlo salir de aquí.

—«Su cliente» va a estar esposado y sentado en esa silla durante las próximas setenta y dos horas mientras se registra su casa y tengamos todo lo necesario para empapelarlo de por vida.

—Si es su última palabra, creo que tanto usted como todo el cuerpo de Policía van a quedar en muy mal lugar cuando descubran que mi cliente no tiene nada que ver con los hechos que le imputan. Ahora, si me permiten, me gustaría hablar con mi cliente en privado.

Alejandra, que miraba el intercambio dialéctico entre su compañero y el abogado con una mezcla de sorpresa e incertidumbre, le puso la mano encima a Marco, quien seguía manteniendo la mirada fija en los ojos del abogado. Unos segundos después ambos se levantaron sin mediar palabra y salieron de la sala.

—¡Joder, joder! Llama a Jon, quiero saber cómo van allí, ¿quién coño ha avisado a este hijo de puta?

—Tranquilízate, Marco, no sirve de nada que te pongas así, lo tenemos donde queremos.

A la vez que Alejandra intentaba apaciguar a su compañero, el comisario salía de la sala contigua.

—Espero que encontréis lo que podáis para encerrar a ese hijo de puta, no quisiera tener que soltarlo y que quedemos como el culo. Encargaos de ello. —Sus últimas palabras quedaron suspendidas en el aire un buen rato mientras los dos lo veían alejarse.

REGISTRO

En la casa de Ángel había un ritmo frenético de técnicos y personal de la policía, el aire olía a desinfectante. Jon inspeccionaba la parte de arriba de la casa con cuidado de no tocar ni ensuciar nada. Más por no ver a Itziar cabreada que por la propia investigación. Tres anodinas habitaciones y un baño. Dos de las habitaciones estaban vacías y limpias de arriba abajo. La otra, con una cama y un armario como únicos muebles. No había mucho donde buscar. Dentro del armario, varios trajes iguales y un par de mudas de la ropa de trabajo de Ángel. La puerta que daba al baño quedaba en el centro del pasillo, un rápido vistazo le sirvió para ver que tenía el mismo nivel de limpieza que todo lo demás. Un peine, un cepillo de dientes y unos cuantos botes de gel y champú era todo lo que se veía a simple vista. Jon entrecerró los ojos deseando que abajo tuvieran más suerte.

Itziar peinaba la entrada y el pasillo hasta la cocina en busca de huellas, quizás algún rastro de sangre por minúsculo que fuera, pero era poco probable que un supuesto asesino tan metódico como Ángel dejara algún cabo suelto del que poder tirar. Eso no menoscababa el empeño de ella, que no dejaba de dar órdenes a todos sus ayudantes. Las tareas de inspección eran bastante sencillas en una casa como esa, Ángel vivía sin ningún tipo de lujo. No había televisión ni muebles en el salón, un pequeño sofá sin muchos signos de uso y una mecedora vieja era todo lo que había, ni una mota de polvo. La cocina era digna de un anuncio, ordenada, brillante, todo colocado en sus cajones y armarios. Un horno, un microondas y un frigorífico eran los únicos electrodomésticos que había allí. En los cajones, alineados, dos juegos de cuchara, cuchillo y tenedor. El dato más curioso que descubrió Itziar fue al abrir la puerta de la cajonera bajo el fregador. Se encontraban, apiladas, diez garrafas de lejía, todas de la misma marca.

Salva, por su parte, estaba en el sótano de la casa, linterna en mano. «Como no podía ser de otra manera en la casa de un asesino... la luz del sótano no funciona». Salva se reía de su propia

ocurrencia mientras bajaba los escalones. El sótano no era muy grande y estaba casi vacío: solo unos cuantos utensilios de limpieza y un par de sillas rotas. Un rápido vistazo le sobró para hacerse una idea de que no había nada más que humedad rezumando de las paredes. Eso hizo que volviera con sus compañeros, dando por finalizada su inspección.

—El sótano parece estar igual de limpio que todo lo demás —le dijo a Jon, que bajaba las escaleras en ese mismo momento—. ¿Qué tal arriba?

—Más de lo mismo, este tío no necesitaba mucho para vivir... Volvamos a la central, ya nos contará Itziar cuando termine, quizás aún tengamos suerte.

El ambiente en la sala de reuniones estaba un poco más animado que de costumbre. Tenían un sospechoso y solo faltaba encontrar la manera de relacionarlo todo. Ángel no hablaba, pero todos confiaban en que antes o después se derrumbara y también en encontrar la prueba definitiva para poder meterlo entre rejas. Marco tomó la palabra.

—Bueno, chicos, aunque Ángel no diga nada, lo tenemos encerrado. Necesitamos algún indicio más para poder hacer que el juez no nos lo tire por la borda. JJ, ¿cómo vas con los mensajes y el historial cibernético del señor Longoria? ¿Y sobre Carla?

—Nada relevante, jefe, hemos descubierto unos mensajes subidos de tono que Andrés compartía con una tal Jenny, nada importante. La han interrogado, parece ser que se veían de forma esporádica y él le pagaba bien por sus servicios. Redes sociales limpias, en sus ordenadores poco más interesante que un par de páginas de pornografía y los resultados de fútbol del fin de semana. Por lo demás, rollos de abogados y periódicos. —Cogiendo otro montón de folios que tenía acumulados por su parte del escritorio, siguió hablando—: Por otra lado, Carla no tenía redes sociales, parece la típica chica más pendiente de sus estudios que de su vida social. Entre sus contactos, nada relevante, su compañera de piso la describe como una chica aplicada que no salía mucho, introvertida y centrada.

—No creo que los asesinados tengan relación entre sí, solo lo que este malnacido ha querido hacer con ellos —apuntó Alejandra con ira en su voz.

—Nos queda esperar a los indicios que podamos encontrar en su casa. JJ, no estaría de más que también investigaras un poco en el pasado del sospechoso. —Marco, mientras hablaba, se daba la vuelta hacia el tablón donde tenían las fotos de los dos muertos—. No se nos puede escapar.

Itziar entró en la reunión con aire resuelto.

—Nada, Marco..., o por lo menos nada con lo que poder retenerlo mucho más tiempo del que nos marca la ley. Sin huellas que no sean las tuyas, todo muy limpio, sin relación con ninguna escena del crimen. Lo único relevante, por llamarlo de alguna manera, son las garrafas de lejía, que coinciden con la escena del crimen de Longoria, pero tampoco eso bastaría para llevarlo delante de un juez.

—¡Mierda! —dijo Jon golpeando la mesa.

—No es momento de precipitarse ni perder los nervios. Trabajemos sobre lo que tenemos. —Marco puso las manos sobre el escritorio y recitó para sí, pero en voz alta—: Ángel tiene llaves de las dos escenas del crimen. Es una persona, a juzgar por cómo tiene la casa y su actitud, con alguna psicopatía. El detalle de la lejía... ¿Qué más?, algo se nos tiene que estar pasando y tenemos hasta mañana a medio día para encontrarlo. Ahora todo el mundo a descansar, y pensad en eso. ¡Os quiero aquí mañana frescos y con ideas!

Todos asintieron y se levantaron a la vez, organizando los papeles que tenían dispersos por toda la mesa.

—Creo que no tengo ganas de llegar a casa aún, ¿una cerveza? —Jon casi se lo suplicaba a Salva, que asintió sin pensarlo mucho.

El único que siguió en su puesto un rato más fue JJ. Se había enfrascado en la historia de Lovecraft y sus mitos. Saltaba de una página a otra leyendo y tomando notas que quizás pudiera usar en el futuro. Miriam lo miró atareado y le preguntó antes de salir.

—¿Aún no tienes ganas de irte y acabar este día?

—Bueno, la verdad, me encuentro fresco... Creo que me he pasado con el Red Bull hoy.

—Ok, pues no te interrumpo más. ¡Lleva cuidado, no tengas pesadillas con tanto bicho!

—Tranquila, M, ¡lo tengo controlado!

Tras decir esto volvió su mirada al portátil y Miriam cerró la puerta dejando al informático con sus cosas.

18

SOCIOS

El Class, el bar al que solían ir después del trabajo, estaba en la esquina opuesta a la central. Era un sitio tranquilo con una larga barra y unas cuantas mesas que se mezclaban junto a un billar y un par de dianas. Jon y Salva pasaban un par de veces todas las semanas para «descontaminarse», como decían ellos, de lo que veían a diario.

Salva ponía a Jon al día sobre sus últimas conquistas y Jon a su vez le contaba a él los avances de su matrimonio. Entraron y se acomodaron en un rincón de la barra. El camarero, al verlos, ya preparaba sus dos cañas y unos frutos secos para acompañarlas.

—¡Mal asunto, Salva! Este tío se nos va a escapar, lo tiene todo muy medido.

—No se nos va a escapar. Ese tío tiene toda la pinta de ser el asesino. Creo que antes o después cantará. Parece retrasado, ¿recuerdas cómo tenía la casa?... ¡Da escalofríos!

—No sé, creo que nos hemos precipitado un poco. Igual teníamos que haber esperado con vigilancia, no me gusta cómo está la cosa ahora mismo.

—Bueno, vamos a descansar de caso, ¿vale? ¿Qué tal el fin de semana? —Salva intentaba que Jon también desconectara un poco, sabía que su compañero y amigo empatizaba demasiado en todos los casos.

—Peor que el tuyo seguro. Marta y yo en casa arreglando el trastero y comida con sus padres, imagina el plan —dijo Jon poniendo los ojos en blanco—. ¡Pero cuéntame tú! ¿En casa de quién has dormido?

—Ja, ja, ja, pues ¿recuerdas la morenita que estuvo de prácticas en Admisiones?

—¡No me jodas, tío! —Salva asintió con gesto triunfante—. No me lo puedo creer, ¡era un

auténtico bombón! Creo que te envidio más de lo que admitiría ante un juez.

Los dos rieron mientras apuraban sus cervezas.

—Bueno, creo que es hora de ir a casa, Marta estará contenta si un día llego a una hora medio decente.

—Muy bien, colega, creo que yo me tomaré otra antes de irme. —Le guiñó el ojo a Jon mientras con el mentón señalaba a dos jóvenes estudiantes que acababan de entrar por la puerta.

—Cabronazo... Descansa lo que puedas.

Marco dejó a Alejandra en su casa, le pillaba de camino hacia la suya y muchos días hacían juntos el mismo recorrido.

—¿Te apetece subir y cenar acompañado esta noche? —La pregunta pilló a Marco desprevenido, que estaba sumido en sus pensamientos con respecto al caso. Los dos habían hecho el camino a casa en silencio.

—Te lo agradezco, Ale, pero creo que no soy buena compañía esta noche, aunque me apunto esa invitación para otro día.

—Cuando quieras, creo que te vendría bien hablar de cualquier cosa y evadirte por unos momentos. A mí también —dijo casi suplicante bajando la mirada.

Marco sabía que ella tenía razón, la miró y se encontró con aquellos ojos verdes acompañados con un puchero de niña buena.

—¡Eres única cuando te propones algo! —dijo sonriendo—. Creo que, pensándolo mejor, es un plan del que mañana me arrepentiré si no lo hago.

El piso de Alejandra era pequeño y acogedor. Un salón cocina y un par de habitaciones junto a un baño.

—Ponte cómodo en el sofá mientras preparo algo rápido. —Alejandra habló a la vez que se quitaba el abrigo, y como si hiciera un pase de baile, su mano abrió el frigorífico y sacó una botella de vino rosado—. ¿Vino?

—Sí, creo que estaría bien.

Una rápida cena a base de cosas sencillas para picar y cuatro copas de vino después, Alejandra y Marco se reían casi de cualquier tontería que se decían el uno al otro.

—Me parece que voy un poco contenta de más, pero esta botella está en las últimas —dijo Alejandra mientras se levantaba para ir a la cocina a por otra botella—. Tengo otra aún más fría.

No llegó a la cocina, tropezó con los pies de Marco y cayó a su lado, más bien encima de él, sus caras quedaron a unos pocos centímetros. Se miraron unos segundos, solo oyendo sus respiraciones, y pasó.

Alejandra le cogió la cara con las manos, lo besó, despacio primero, como reconociendo sus labios, y más fuerte después, dejándose llevar. Marco la rodeó con sus brazos y la levantó en peso, ella se abrazó a él, entrelazando las piernas a su cintura. Sin dejar de besarla la llevó a su habitación y la tumbó en la cama. La ayudó a quitarse la camisa, ella hizo lo propio con él. Sus manos no dejaron de acariciar el cuerpo del otro. Llevaban mucho tiempo esperándolo y desataron todo lo que tenían dentro. Sus cuerpos se entendían a la perfección. Se buscaban y se sentían, tiritaban y se sacudían. Jadeantes, acabaron uno junto al otro, el aliento de Marco en la nuca de Alejandra, hasta que el sueño los venció.

Miriam e Itziar se terminaban el segundo *gin* de la noche.

—Creo que es suficiente para mí. Mañana me espera una mañana movida, rueda de prensa a las diez y, créeme, preferiría que me clavaran palillos bajo las uñas. —Miriam entrecerró los ojos mientras hablaba.

—Sí, te entiendo perfectamente. Por lo menos nos hemos reído un rato antes de acostarnos, falta nos hacía.

Itziar no solía salir con gente del trabajo, mantenía cierta distancia, pero Miriam siempre le había caído bien y al coincidir a la salida de la central no hizo falta mucho esfuerzo para que las dos acabaran en un pub de moda, tomando unas copas para quitarse el estrés de encima. Lo que empezó con unas simples cañas pasó a mayores al pedir el primer *gin-lemon*. Miriam se quedaba embobada al ver cómo se desenvolvía Itziar para despachar a cuantos hombres se le acercaban probando suerte. Tenía un aspecto casi salvaje con su melena negra suelta y su mirada felina, y eso que llevaban un largo día de trabajo encima. A Itziar parecía no importarle en absoluto. Tenía una vitalidad asombrosa.

—¡Despierta! —Miriam se sobresaltó y pasó un poco de vergüenza, se había quedado pensando en ella mirándola fijamente.

—¡Madre mía! ¡Las dos de la mañana! —dijo para quitarle hierro al asunto.

—¡Ja, ja, ja! ¡El tiempo pasa rápido cuando lo pasas bien! Vamos, te acerco a casa —le dijo Itziar apartándole coqueta un mechón de pelo a Miriam de la cara.

Miriam, un poco por el alcohol, y otro poco porque le fascinaba la manera de ser de Itziar, se ruborizó ligeramente y apartó la mirada distraída.

Salieron del pub y las dos montaron en la moto de Itziar, se ajustaron los cascos y, antes de que Miriam pudiera cogerse bien al cuerpo de Itziar, esta ya hacia chirriar las ruedas, lo que provocó más de un piropo de mal gusto entre la clientela masculina que fumaba fuera del pub.

Quince minutos después Itziar aparcaba en la acera, frente a la casa de Miriam.

—Te invitaría a tomar la última, pero creo que para un día entre semana ya está bien... —dijo Miriam quitándose el casco y pasando la mano por su desordenado pelo.

—Esto tenemos que repetirlo sin hora de llegada a casa. —Itziar la miró guiñándole un ojo.

Miriam la miró sonriente, se acercó a ella y la besó en los labios. Fue algo rápido y fugaz que sorprendió a las dos. Miriam se puso roja como un tomate; Itziar, por su parte, sonriente le dijo:

—Te recordaré esa última copa pendiente cuando todo esto haya acabado.

Miriam sonrió nerviosa, asintiendo y alejándose de ella para acceder a la puerta de su casa. Una vez la vio entrar, Itziar se colocó de nuevo el casco y se dirigió a casa.

Mientras cruzaba la ciudad a toda velocidad iba pensando en Miriam. Había sido un encuentro raro, pero le gustó mucho, incluso le sorprendió estar pensando en ella. Habría subido a su casa encantada, y daba por hecho que ese encuentro sería el primero de muchos.

Entró al *parking* comunitario donde guardaba la moto; había tenido mucha suerte con la compra de aquella casa, estaba encantada con ella y esa plaza de *parking* en medio de la ciudad le daba un plus añadido. Bajó de la moto y se sacó el casco. Aseguró el caballete y se dirigió a la puerta de acceso que daba a su escalera. En menos de diez segundos todo cambió.

Una mano emergió por detrás de ella tapándole la boca. Pillándola desprevenida, intentó forcejear para desasirse, pero notó un pinchazo en el cuello que la dejó literalmente sin fuerzas

primero y sin conocimiento después... Su cuerpo cayó flácido en brazos de su asaltante.

—Hola, Itziar, encantado de volver a verte.

19

TRAGEDIA

Las seis de la mañana, noche cerrada aún, sin estrellas. El móvil de Marco comenzó a sonar. Se sobresaltó, por un momento no sabía dónde estaba, y abriendo los ojos comprobó que Alejandra tenía la cabeza sobre su pecho y que seguía profundamente dormida, ni el estridente sonido de la melodía de su móvil la había conseguido despertar de su placentero sueño.

Delicadamente, apoyó su cabeza sobre la almohada y se apartó suavemente para que ella no lo notara. Salió de la habitación y buscó su teléfono a tientas por el sofá.

—¿Sí? —dijo Marco con la voz ronca.

—Marco, reúne a tu equipo. Ha vuelto a pasar. Te mando la ubicación. —La voz del comisario parecía cansada y con un enorme pesar, colgó sin oír la respuesta de Marco.

Cerró los ojos, sus pensamientos se perdieron entre las fotos de los cadáveres que ya tenía grabadas en su mente. Sin vacilar, volvió al dormitorio.

—«Quien le iba a decir que al final iba a unir su tripa con la mía...»^[*] —le susurró Marco a Alejandra en la oreja.

Ella se dio la vuelta sonriendo y lo besó.

—Siento romper el momento —dijo Marco suavemente—, pero tenemos que irnos, Ale, ha vuelto a pasar.

Todo el equipo se reunió en la puerta de un gran almacén de materiales de construcción

sito en un polígono industrial a cinco minutos de la ciudad. Dos ambulancias y varios coches de policía estaban aparcados en forma circular delante de una de las puertas del almacén. El comisario los reunió a todos y comenzó a hablar, serio y casi sin levantar la cabeza.

—Tenemos aquí a nuestra tercera víctima: la sangre aún está saliendo del cadáver caliente, tenemos un asesinato horrible ahí dentro y un sospechoso inocente en la comisaría. —De repente su tono cambió radicalmente, los miró uno a uno con sus ojos inyectados en sangre—. ¡Estoy hasta los mismos cojones de esto, no podemos seguir así, si no estáis capacitados para resolver esto ni encontrar una mísera pista mejor será que lo pongamos en manos de alguien que sí pueda! Somos el hazmerreír de la ciudad y esto parece que no tiene fin. ¡Necesito resultados ya!

Dicho esto, se apartó y cogió la enésima llamada que le hacían en cuestión de minutos.

—Odio decirlo —Marco tomó la palabra y dirigiéndose a sus compañeros continuó—, pero tiene toda la razón, no tenemos nada, solo otro cadáver al otro lado de esta puerta y un montón de preguntas sin respuesta. Por otra parte, también nos hemos equivocado con Ángel Esparza. Necesito lo mejor de vosotros, y ahora... entremos.

Lo primero que sorprendió al equipo fue, como siempre, el olor metálico de la sangre. Lo segundo, el cadáver de una mujer de mediana edad, colgada de manos y pies en forma de X, levantada con cadenas a dos metros del suelo. A su espalda unas hileras de estanterías contrastaban de manera macabra. Era como si el cadáver les diera una tétrica bienvenida a ese almacén.

La cara de la mujer colgaba hacia la derecha. De sus ojos, sin párpados, corrían lágrimas de sangre que se acumulaban en un solo hilo a la altura de su barbilla y seguía su camino por el pecho, recogiendo más sangre procedente de las laceraciones sufridas, hasta volver a abrirse una vez más, para bajar por ambas piernas y terminar su recorrido en ambos pies. Debajo de cada una de sus piernas un pequeño charco en formación. Entre sus pequeños pechos y hasta su ombligo habían escrito en dos líneas otro mensaje, esta vez más claro y contundente. La espalda de la víctima tampoco se había salvado esta vez, el asesino había intentado hacer una especie de dibujo en ella, aunque no se distinguía bien, parecía una cabeza de pulpo de la que le salían unos tentáculos en todas direcciones. Lo que tumbó la moral del equipo, sobre todo de uno, fue la inscripción de su pecho:

«Te toca
a ti, M».

El fotógrafo forense tomaba fotos desde todos los ángulos, los técnicos ya habían puesto varias escaleras y recogían muestras antes de descolgar el delgado cuerpo de sus mordazas.

—Esto no puede estar pasando —dijo Marco para sí, no era normal verlo tan abatido.

—Marco, tú no tienes la culpa de nada, ¡mírame! —Alejandra le cogió la cara con las manos—. Esto es obra de un puto loco que quiere ponernos nerviosos y jodernos todo lo que pueda. Nosotros somos más fuertes, ¡tú eres más fuerte! Te he visto lidiar con cosas peores, esto no te va a vencer, ni a ti ni a ninguno de nosotros.

Marco volvió la vista hacia ella, con unos ojos sin vida. A punto de derrumbarse, la abrazó, necesitaba ese abrazo para poder continuar. En unos segundo se separaron. Marco miró a su equipo, pero todos habían empezado a recorrer el escenario del crimen, cada uno sabía su labor y le dieron ese respiro que necesitaba.

—Lo vamos a coger, no te quepa duda. ¡Como hacemos siempre!

—Alejandra, no tenemos nada, nada de nada. Solo un montón de familias destrozadas y datos que no nos sirven para nada.

—Tú no eres así, Marco, te necesitamos, necesitamos tu cabeza, tu intuición, no somos nada sin ti.

Las palabras de Alejandra hacían mella en Marco, poco a poco y sin dejar de mirarla empezó a recomponerse. La cogió de las manos y, sin hablar, le dio las gracias.

Jon se ocupó de la cerradura de la puerta de entrada, que estaba forzada de una manera abrupta. Sin miramientos. El asesino había entrado por la fuerza, sin miedo. El polígono industrial a esas horas no tenía ninguna actividad. No tenía miedo de ser descubierto. Jon siguió inspeccionando la cerradura unos minutos más, tomando fotografías y buscando por los alrededores, tanto fuera como dentro del almacén, algo que les sirviera como pista.

Alejandra fue a hablar con el encargado del almacén, quien había llamado a la policía cuando al abrir, como cada mañana, descubrió la puerta forzada y el lamentable espectáculo que había dentro. El hombre, visiblemente descompuesto y con un ataque de nervios evidente, no articulaba dos palabras seguidas. Lo único que pudo sacar en claro de él fue su nombre y que necesitaría unas largas vacaciones.

Salva, por su parte, pasó a las oficinas situadas a la derecha de la puerta de entrada. No parecía que el asesino hubiera entrado allí para nada, aun así, entró con diligencia observándolo todo por si algo no encajaba.

Miriam buscaba los efectos personales de la víctima, algo para poder identificarla, como en el caso de Carla, y lo que encontró fue otra miniatura a los pies de la columna detrás del cuerpo colgado. Una sensación de desasosiego recorrió su cuerpo. Otra miniatura implicaba otro posible asesinato, no les daba cuartel, era implacable y tenía un plan muy bien organizado.

Pidió a uno de los técnicos una bolsita zip para pruebas y depositó la miniatura dentro. En ese momento miró alrededor: vio a todo el equipo trabajando, otros policías ayudando y los técnicos forenses empezando a descolgar el cadáver de aquella pobre mujer, y de repente cayó en la cuenta.

—Marco —dijo extrañada—, ¿sabes algo de Itziar?

VUELTA

Acabadas las comprobaciones iniciales, mientras terminaban los técnicos forenses y aparecía Itziar, los miembros del equipo montaron en dos coches camino a la oficina.

En el primero de ellos, Alejandra conducía sumida en sus pensamientos. Dos imágenes pasaban por su mente a la velocidad de la luz: por un lado, el cuerpo desnudo de Marco en su cama, y por otro, la estampa de aquella mujer aprisionada entre cuatro cadenas. Se avergonzaba un poco de no poder quitarse a Marco de la cabeza en aquella situación, pero era imposible. Lo había deseado tanto y durante mucho tiempo. Aún le parecía casi irreal aquella imagen y, aunque habían pasado solo unas horas, parecía que fueran años. Marco iba sentado junto a ella en el asiento del copiloto, lo miraba de reojo cuando el tráfico la dejaba. En su cara veía un hondo pesar, apenas pestañeaba. La situación en la que se encontraban en ese momento la angustiaba, reprimía como podía las ganas de llorar, de gritar. Debía estar serena y en eso intentaba mantener su cabeza.

En el asiento de atrás Miriam, preocupada, no dejaba de mirar la pantalla de su móvil; le había mandado a Itziar media docena de mensajes, pero aún seguían sin llegarle, su angustia también se dividía por igual entre la imagen del almacén y el beso de la noche anterior. Nunca había besado a una mujer, recordaba cómo había dejado a Itziar montada en su moto y entraba en su portal, aunque en realidad lo que hubiera querido era estrujarla contra ella y que ese beso no hubiera acabado, al menos no en la calle. Se sorprendía de cómo había sucedido todo, de cómo había empezado con unas risas inocentes y acabado con un deseo irrefrenable de que subiera a su casa con ella. En un primer momento le echó la culpa al alcohol, pero no, ya habían pasado unas horas y las ganas que tenía de volver a verla desechaban esa teoría por completo. Miró el móvil

de nuevo, nada, que ella supiera una borrachera leve no apartaba a Itziar de su trabajo... Bueno, ni una grave tampoco, quizás era la mujer más fuerte que conocía. Deseaba volver a hablar con ella, explicarle lo que había sentido, necesitaba oírlo a ella. Al igual que su compañera, se avergonzaba de pensar en algo así con lo que tenían delante, pero era inevitable.

Marco estaba con la mirada perdida. No dejaba de ver la inscripción en el pecho de aquella pobre mujer: «Te toca a ti, M». No le cabía duda, era un mensaje para él, de alguna manera lo conocía. Los medios habían difundido la imagen de su equipo como los agentes eficaces que se estaban encargando del truculento crimen de Andrés Longoria. Miriam estaba haciendo un trabajo sensacional con la prensa, apenas habían trascendido detalles de los crímenes, aunque sabía que era cuestión de tiempo, y más con el tercer cuerpo encontrado. Por otro lado, no podía dejar de pensar en que las pocas pistas que les iba dejando el asesino no eran suficientes, más aún cuando creían que lo tenían y no habían prestado atención a la última miniatura, ni dónde aparecía en el tablero. La responsabilidad de esa muerte recaía sobre él como una losa y no podía deshacer nada para librarse de eso. Tenían que repasar todo desde el principio, ya no había otra opción, redoblar esfuerzos y atrapar a ese carnicero. Pero primero debería llevarse un par de broncas, el comisario primero y el abogado de Ángel Esparza después, mucho temía que iba ser una mañana complicada.

En el otro coche justo detrás de Alejandra, Salva y Jon también iban sumidos en sus pensamientos; parecía mentira que de ayer a hoy hubiera cambiado tanto el panorama. De tener al sospechoso encerrado y el crimen prácticamente resuelto, a volver a empezar.

—No imagino lo que tuvo que soportar esa pobre mujer antes de morir.

—No pienses en eso, Salva, tenemos que mantener la cabeza fría. Se lo debemos a ellos.

No volvieron abrir la boca en lo que quedaba de camino.

ITZIAR

La sombra se movía despacio, sus ágiles movimientos no hacían sonido alguno. Su ritual lo ayudaba a concentrarse. La visión de su plan estaba clara como el agua, sin errores, la partida discurría a su antojo. Ningún mal paso, sin riesgos aparentes. «Las caras de los felices investigadores se habrán cubierto de un fino velo negro. Esto solo acaba de empezar». Todos lo pasarían mal y su nombre quedaría grabado para siempre en la historia negra de esa ciudad. «Es hora de que me conozcan. La sombra debe dejarse ver, hacer partícipe al mundo de la oscuridad». Con este nuevo movimiento, pondría en jaque a todo el equipo de investigadores que lo perseguían, más aún si cabe. La situación lo excitaba, a pesar de ello se encontraba sereno y concentrado.

Itziar abrió los ojos pesadamente, levantó un poco la cabeza, le pesaba toneladas. No conseguía enfocar, todo estaba difuso, recordaba un paseo en moto, un beso dulce, una despedida. Poco a poco empezó a recobrar todos sus sentidos, tenía la boca seca, pastosa. Intentó con poco acierto abrirla y hablar, pero sus músculos faciales aún no le respondían. Estaba sentada, fue consciente de su situación en cuestión de minutos. Estaba maniatada en una dura silla de madera. Sus pies, de los cuales ya podía mover los dedos, estaban atados a la altura de los tobillos, uno en cada pata de esa silla. El tacto con el suelo era frío y quiso moverlos, pero la silla estaba anclada. No había reparado en que estaba desnuda, miró hacia abajo, su pecho, sus piernas. Consiguió empezar a mover sus manos, estaban atadas juntas con algo parecido a cinta americana detrás del respaldo de la silla. Sus dedos comenzaron a obedecerle, uno tras otro consiguió moverlos todos. La habían drogado, recordaba el forcejeo, la mano en su boca y el pinchazo en su cuello. Al recordarlo sintió un escozor en esa zona, bueno, en esa y en otras, en

sus genitales, pensó por un segundo si era posible que la hubieran violado, pero tenía otros problemas de qué preocuparse más apremiantes. Estaba secuestrada. Un jarro de agua fría recorrió su espina dorsal. Iba a ser la siguiente víctima de ese hijo de puta. Pero no se lo iba a poner fácil, tendría que drogarla de nuevo para no llevarse un trozo de él con ella. Pasó del miedo a la frustración y de esta a la ira. Quiso gritar, pero de su garganta no salía ningún sonido. Empezó a agitarse con todas sus fuerzas, la silla no le hacía ningún caso, y al cabo de unos segundos dejó de hacerlo, jadeante, con la boca seca y el sudor bajando de sus axilas. De la ira a la desesperación. Y como para hacerle un favor, su cuerpo reaccionó ante la situación de la mejor manera que pudo: la dejó inconsciente de nuevo.

22
MARÍA

Una vez en la puerta de comisaría Pedro salió a recibirlos.

—¿Estáis bien?

—Bueno, Pedro, todo lo bien que se puede estar con lo que llevamos entre manos —dijo Marco con tono de preocupación—, ¿alguna novedad?

—Sí, tienes a míster Picapleitos esperándote desde hace unos minutos...

Marco se puso las dos manos en la cara, como si intentara serenarse un poco.

—Vale, chicos, tengo que tratar un asunto aquí, id subiendo y preparadlo todo para hacer el informe del día, en un momento estoy con vosotros.

Todos asintieron y siguieron su camino.

—¿Quieres que te acompañe? —le dijo Alejandra solícita.

—No te preocupes, Ale, esto es cosa mía. Asegúrate de que la gente esté despierta para cuando suba.

Alejandra lo miró un instante, quería decirle tantas cosas..., finalmente asintió con leve gesto de barbilla y subió las escaleras.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —El abogado de Ángel Esparza sonreía, encantado con la situación que le tocaba encarar.

—No estoy para bromas, abogado.

—Es mi cliente el que no está para bromas, señor detective, solicito su puesta en libertad

inmediata.

—Suponía que no había venido hasta aquí para invitarme a café.

—Con gusto lo haría, pero tenemos temas más urgentes.

—Que se haya producido otro asesinato no libra al señor Esparza de la investigación, podría ser un cómplice.

—Los dos sabemos que eso no es así —dijo Ernesto con suficiencia—, pero si fuera el caso, tiene mi tarjeta, no dude en ponerse en contacto conmigo antes de proceder a otra locura semejante.

—Lo tendré en cuenta —dijo Marco pasando por delante de el—. Acompañeme, le haré una visita guiada por los aposentos de su cliente.

Marco se dirigió junto al abogado a la parte posterior de la comisaría, donde se encontraban los calabozos. Saludó al guardia de turno y preguntó por Ángel.

—En la *suite* nupcial lo tiene, inspector, justo al final del pasillo.

El guardia cogió las llaves de la celda y acompañó a Marco y Ernesto por el pasillo. Aquella parte de la comisaría era de reciente construcción, las celdas eran cómodas, con su cama plegable, y algunas incluso con alguna silla anclada al suelo. Normalmente los detenidos no pasaban mucho tiempo allí, pero sí el suficiente para provocar más de algún destrozo. Mientras se acercaban a la última celda, los demás detenidos les soltaban improperios, algunos cargados de una imaginación desbordante.

Cuando llegaron a la celda Marco soltó un grito:

—¡Rápido, la llave!

El abogado se quedó perplejo, con la boca abierta y los ojos muy abiertos. El guardia no atinaba a meter la llave en la cerradura. Frente a ellos, el cuerpo de Ángel Esparza estaba suspendido en el centro de la celda. Sus pantalones habían servido de soga improvisada, colgaba de los barrotes antivandálicos que impedían acceder a los tubos fluorescentes que daban luz a la celda. Cuando el guardia consiguió abrir la puerta, se precipitó hacia el cuerpo en un vano intento de levantarlo para que pudiera respirar. Marco, que ya había visto más de un cadáver en aquella posición, sabía que estaba todo perdido. Un peso más que añadir a su losa. Ángel estaba de espaldas a ellos. Solo cuando, por motivo de haber intentado cogerlo, el cuerpo giró, fueron conscientes de la herida que había en su pecho. Aunque borroso por la mezcla de la sangre con

su camisa, adivinaron a ver un 6.

Ernesto, ya recompuesto del *shock* inicial, miró a Marco con un semblante bastante serio.

—Creo, inspector, que vamos a vernos más a menudo de lo que pensaba.

—No sé si es usted consciente de esto..., pero su defendido acaba de demostrar su implicación en el caso.

Tras los pertinentes informes, preguntas y gritos, Marco pudo dejar en manos del comisario la papeleta del suicidio, no sin antes llevarse de regalo un «Esto es un puto desastre» y un «A ver cómo coño explicas esto».

Cuando entró en la sala C, sus compañeros dejaron todo lo que estaban haciendo para mirarlo. Marco, con un gesto de la mano, les indicó que hablarían de eso.

—Parece ser que Ángel sí que estaba implicado, no sé de qué manera. En un rato nos subirán las fotos al servidor. Ya os adelanto, un 6 grabado en la piel. —Marco habló sin levantar la vista, ordenando los folios esparcidos por su parte del escritorio—. ¿Alguna idea?

—Quizás es la víctima número seis —dijo Salva.

—Ese tío estaba loco, a saber lo que pretendía escribir —dijo Jon dando su punto de vista.

—No necesariamente tiene que ser un loco —saltó Miriam—. Solo alguien a quien le han lavado lo suficiente el cerebro para poder hacer algo así.

—De todas formas, ahora está muerto, su casa registrada y seguimos sin nada. —Marco dio por finalizada la charla sobre Ángel—. ¿Cómo lleváis lo demás?

Alejandra tomó la palabra.

—María Collado Marín. Cincuenta años, soltera. Regentaba una joyería en el centro junto a su hermano. Su padre, jubilado, los ayudaba con el negocio. Es una joyería con mucha solera en la ciudad. Anoche cerró ella y se tomó una cerveza con una amiga en el bar que tienen en la misma calle de la joyería. Vivía con su padre. Este la estuvo llamando sin suerte, al ver que tardaba en llegar, pues siempre lo avisaba si se retrasaba. El que cierra se lleva la caja del día a casa, intentan dejar lo justo en la tienda, ya han sufrido algún alunizaje y varios robos. Después de cenar se despidió de su amiga y, según esta, fue sola a recoger su coche que tenía aparcado frente a la joyería. De ahí hasta la llegada al almacén está el misterio.

—¿Y el coche? ¿La amiga?

—El coche sigue aparcado frente al local. Lo que quiera que le pasara fue durante el camino del bar al coche. Con la amiga ya hemos hablado por teléfono. Le hemos dicho que venga a comisaría para tomarle declaración.

—Otra vez igual, otra víctima sin relación aparente con las demás. JJ, ¿te ha dado tiempo a buscar la miniatura en el puto juego? —Marco estaba perdiendo los nervios poco a poco.

JJ accionó el proyector y en unos segundos la fotografía de la miniatura estaba plasmada en la pantalla, dividida en dos partes: en una, la miniatura como tal, el modelo en tres dimensiones de plástico gris; en la otra, la fotografía de la ficha del juego. En ella se veía a una joven mujer de pelo corto pelirrojo mirando por un microscopio.

—Kate Winthrop, científica, inicia el juego en la casilla del Instituto de Ciencias. Según la descripción de su carta de personaje, brillante investigadora, tímida y solitaria.

—Hasta ahora nuestro asesino ha cumplido con todas las miniaturas, y nosotros hemos hecho poco caso a las pistas que nos ha dejado. Tenemos que cambiar el sentido. Si queremos prevenir la siguiente muerte tenemos que centrarnos en esto.

—Pero, jefe, ¿qué podemos entender por científica? —Jon fue el que interrumpió—. ¿Todos los médicos de la ciudad?, ¿incluimos enfermeras?, ¿profesores universitarios? ¡Es peor que buscar una aguja en un pajar!

—Lo sé, Jon, pero tenemos que acotarlo de la manera que sea. De momento es lo único que tenemos.

—Tampoco podemos fiarnos del género, la anterior miniatura era un hombre y, sin embargo, mató a una mujer —dijo Salva.

—¿Quién sabe? Igual esperaba que estuviera el hermano en la joyería y ya no le dio tiempo a cambiar de plan.

Todos asintieron dando como válida esa hipótesis.

—Instituto de Ciencias. ¿Qué os sugiere?

—Podría ser desde un hospital a un centro médico de barrio, públicos, privados, hasta una simple clínica de fisioterapia. —Alejandra suspiró.

—¿Y un museo? El Museo de Ciencias.

—Jefe, tengo que ir a la rueda de prensa, creo que va ser toda una pesadilla. ¿Alguna directriz?

—Miriam, no tengo ni idea ahora mismo de qué decirles a esos carroñeros... Tú sabes mejor que nadie cómo tratarlos, dales algo para que nos dejen en paz unos días y acaba rápido. ¿Qué sabemos del cuerpo? ¿Hay ya algún informe preliminar?

Fue Miriam la que volvió hablar.

—De momento de laboratorio no nos ha llegado nada, por otro lado, Itziar sigue sin dar señales de vida.

—Ok. Ahora intentaré hablar con ella, es raro que no esté por aquí ya dando algún portazo. Repartámonos el trabajo. JJ, como siempre, aunque creo que de poco servirá, redes sociales, móvil, etcétera. Jon, te necesito hablando con la amiga de María, a ver si recuerda algún detalle, alguien que las siguiera, lo que sea. Salva y Pedro, volviendo del almacén me fijé en una cámara de tráfico justo en esa salida. Quiero que pidáis las imágenes y las repaséis, vamos a ver qué coches entraron y salieron por ahí anoche..., la hora de salida supongo que sería de cinco y media a seis. Necesitamos algo con lo que empezar. Ale, te toca visitar al padre y al hermano de la víctima, mucho me temo que será algo rutinario, pero tenemos que intentarlo.

Todos asintieron y se pusieron a trabajar. Miriam aprovechó para acercarse a Marco.

—Anoche estuve con Itziar hasta las dos de la mañana, me dejó en casa y se fue a la suya, la verdad es que estoy un poco preocupada.

—No te preocupes, Miriam, ahora intentaré llamarla, también a mí me resulta extraño que no esté por aquí, gracias por decirlo. —A Marco le pareció ver algo más que preocupación en los ojos de Miriam—. Suerte ahora, me encanta cuando sacas el capote.

Marco le guiñó un ojo y consiguió que Miriam sonriera débilmente, recordó el mismo gesto de Itziar antes de dejarla y entrar en casa.

PRENSA

Miriam no se veía con fuerzas para afrontar esa rueda de prensa. Hasta ese momento, habían sido bastante escuetas y placenteras. Un asesinato no era, tristemente, noticia de más de unas líneas en cualquier periódico. Esto ya era diferente, tres asesinatos, ningún sospechoso. Las palabras «asesino en serie» serían las primeras en aparecer de la boca de cada uno de los periodistas presentes, y con razón, demasiado bien iba todo en relación con la prensa. Hoy empezaría un nuevo juego con ellos y tendría que ir con mucho cuidado.

Al entrar en la sala donde tenían habilitados unas hileras de sillas y un pequeño estrado, sus peores temores se hicieron realidad: abarrotada hasta los topes. Una explosión de *flashes* la acompañó hasta el púlpito con la insignia de la policía grabado en el centro. Se acomodó el micrófono a la altura de la boca y, haciendo lo posible por serenarse, miró al frente.

En ese momento todo el barullo que había en la sala paró de repente. Todas las miradas se centraron en Miriam.

—Buenos días. Esta rueda de prensa estaba programada para anunciarles los avances sobre el crimen de Andrés Longoria, pero ya que están ustedes aquí permitan que les informe de otro suceso. —Miriam sabía que se iban a enterar antes o después, a no ser que algunos ya lo supieran, y pensó en ir al ataque ella en vez de esperar para defenderse—. Esta madrugada hemos encontrado el cadáver de una mujer en un almacén de un polígono industrial. Los agentes desplazados hacia el lugar de los hechos están trabajando para dilucidar qué es lo que pudo pasar allí y cómo. De momento no tenemos aún datos suficientes para la investigación. En breve dispondremos de más detalles conforme los técnicos especializados vayan haciendo sus informes preliminares. Tanto la identidad de la víctima como el móvil del crimen se están investigando en

este momento.

Muchos de los periodistas congregados allí abrieron impresionados los ojos. No se esperaban para nada que la policía anunciara, así de fácil, un asesinato y más cuando iban hablar de otro. En cada pausa en la cadencia de palabras que Miriam soltaba, los bolígrafos de los periodistas tomaban velocidad, se afanaban en tomar notas, al margen de que estuvieran grabando la conversación.

—Respecto al caso del señor Longoria, estamos siguiendo varias líneas de investigación que esperamos nos lleven a resolver el asunto lo antes posible. Esto es todo de momento. — Sabía lo que venía ahora, pero estaba preparada.

—¿Qué nos puede decir del cadáver que han encontrado esta mañana? —Una voz se alzó entre todas las demás, así funcionaba esto.

—De momento no podemos adelantarnos hasta que los especialistas que trabajan en la escena del crimen terminen de procesar todo el material.

—¿Piensan que los tres homicidios que hemos sufrido en pocos días puedan estar relacionados? —Esther Arias se levantó para pronunciar la pregunta alto y claro—. ¿No le parece mucha casualidad? ¿Y por qué usted y su equipo se han desplazado a los tres casos?

—Para empezar, señorita Arias, no tenemos ninguna certeza de que los tres crímenes de los que habla estén relacionados. Por otro lado, no se imagina usted la cantidad de crímenes que se producen a diario y, aunque sea triste admitirlo, a veces estamos desbordados. Razón por la que «mi equipo y yo» intentamos ayudar en todo lo posible, no solo en esos tres casos. —Miriam le dedicó una leve sonrisa con ladeo de cabeza incluído y volvió a mirar al frente.

Esther no parecía del todo contenta con la respuesta y el paseíllo que Miriam le había dado. Su metro ochenta de estatura, su pelo rubio corto y su cuerpo de atleta olímpica hacía las delicias de los demás reporteros, incluso del género femenino, bien por envidia, bien por querer parecerse en algo a la periodista más laureada de la ciudad.

—Señorita Rueda, ¿no han barajado la posibilidad de que tengamos un asesino en serie en nuestra ciudad?

«¡Por fin! Mucho habían tardado», pensó Miriam a la vez que volvía a mirar a Esther, la cual había acaparado todo el peso de la rueda de prensa.

—Sé que es una idea bastante apetecible para la prensa..., pero no. No tenemos ningún

indicio para pensar en eso. Si fuera el caso serían los primeros en saberlo.

—Quizás sí seamos los primeros en saberlo... —Miriam la miró intrigada, los demás periodistas observaban el duelo entre las dos con las bocas abiertas, sus cabezas iban de una a la otra—. ¿Nos puede decir algo sobre las inscripciones en los cuerpos de Andrés Longoria y Carla Gómez?

La pregunta sorprendió tanto a Miriam como a los demás presentes, que, raudos y veloces, escribieron aquel dato en sus libretas, móviles y tabletas. Miriam la miró desafiante.

—¡No hay más preguntas! Volveremos a vernos en breve, espero que con mejores noticias. Gracias y buenos días a todos.

Mientras Miriam salía echando chispas por todo su cuerpo, cientos de preguntas morían en el aire detrás de ella.

—¡Hija de puta! —dijo dando un portazo tras de sí al cerrar la sala de conferencias.

APUNTES

Después de pasar por el servicio y refrescarse la cara para intentar tranquilizarse, Miriam se miró al espejo; el estado de desasosiego que la invadía no hacía más que aumentar. «Maldita zorra, ¿cómo coño sabía lo de las inscripciones?». Miriam conocía muy bien a Esther Arias, ya se las había visto con ella en más de una ocasión y sabía que cuando mordía era como un perro rabioso, no iba a soltar a su presa hasta tenerlo todo. Intentó recomponerse antes de salir de nuevo, hizo y deshizo su coleta dos veces, hasta que la dejó perfectamente tirante, volvió a refrescarse la cara y suspiró.

Esther salió de la sala de conferencias con su mejor sonrisa. Su confidente le había dado un dato espectacular y, si bien no tenía ni idea de qué ponía en los cuerpos de las víctimas, estaba claro que algo había. La cara de Miriam fue todo un poema, al día siguiente todos los periódicos saldrían con elucubraciones sobre ello, pero ella tenía algún dato más. Esto apuntaba a ser el caso del año y ella estaría en primera plana, como siempre.

—Señorita Espinosa, cuéntenos el encuentro con María, intente recordar todo lo posible, tómese su tiempo.

En la sala de interrogatorios, Jon estaba con la que parecía ser la última persona en haber visto con vida a María Collado, Paula Espinosa. Con visible estado de nerviosismo, Paula había contado a Jon que se conocían desde la niñez, siempre habían asistido al mismo colegio, instituto y facultad. Ambas dejaron los estudios y habían empezado a trabajar en los negocios de sus respectivas familias. Describió a María como una persona inteligente, simpática y con un sentido

del humor muy agudo. Sin novio formal, ni interés tenía.

—Solíamos quedar casi todas las semanas una noche para cenar y contarnos cómo nos iba, me acercaba yo, que termino antes. Normalmente en el bar de la esquina donde tiene su negocio, La Tapita.

—¿Y de ese día en especial?, ¿qué recuerda?

—Llegó sobre las nueve, nos sentamos en una mesa que hay junto a la cristalera de la izquierda. Normalmente, si está libre nos sentamos ahí, María se ponía frente al cristal porque le gustaba tener su negocio a la vista. Tomamos una copa de vino, hablamos de cómo iba la semana y poco más. Nos levantamos, pagamos la cuenta, salimos y nos despedimos. Serían las diez de la noche aproximadamente.

—¿Le preocupaba algo? ¿La notó nerviosa?

—¡Para nada! La conozco bien, no creo que tuviera ningún problema, tanto el negocio como la familia iban muy bien. Recientemente la habían hecho tita por segunda vez y estaba encantada.

—¿Y su hermano?

—Recuerdo que me dijo que ese día le tocaba a él, pero el bebé les había dado una noche dura y había decidido cambiarle el día a su hermano.

—Está bien, Paula, si recuerda algo más no dude en llamarnos. Mucho ánimo.

—Se lo agradezco, ha sido un duro golpe. ¡No quiero ni pensar en cómo estará su familia!

El día en la comisaría pasa rápido cuando tienes trabajo en marcha y motivación para ello, aunque no todos pensaban igual. Salva se removía aburrido en su silla mientras veía pasar todas las horas de una grabación de la cámara de tráfico que enfocaba la salida a la autovía A4 en dirección al lugar del crimen. Tanto Pedro como él seguían con los ojos el vaivén de coches que se sucedía en la pantalla, parando la imagen cuando veían algo que les pareciera medianamente sospechoso, todo el caso era igual. Buscar una aguja en un pajar. Pedro, sin embargo, no parecía acusar las horas de vídeo y seguía mirando con la misma dedicación que hacía tres horas.

Alejandra entró en la sala C ya a última hora de la tarde. Su visita al padre de María le había dejado un mal sabor de boca, el hombre, cercano a los ochenta años, no entendía cómo le había sucedido eso a su hija. Vivían en un lujoso ático de la Gran Vía. Tan grande que Juan Collado reconocía con amargura que había días en que no veía a María. La conversación no dio ninguna pista sobre lo que le había pasado a su hija. Y poco pudo hacer Alejandra para consolar a ese pobre hombre que había perdido a un ser querido de esa manera tan atroz.

Marco estaba jugueteando con un lápiz, dándole vueltas entre el índice y el pulgar, recuerdo de sus años en la universidad. Al ver a Alejandra pareció despertar de sus pensamientos. No recordaba un día en el que se hubiera tenido que enfrentar a dos muertes, mil preguntas y reproches por parte de su comisario, y, por si fuera poco, tener que intentar concentrarse en un caso donde se estaban quedando sin ideas. Y luego estaba Alejandra, lo de la última noche había sido algo increíble con ella, a toro pasado quizás no fuera en el mejor momento, pero increíble aun así. Se levantó por fin y habló a sus compañeros.

—Chicos, creo que deberíamos descansar un poco, a mí por lo menos me hace falta, poco más podemos hacer hasta que no lleguen los informes forenses, seguiremos mañana.

Todos asintieron con alivio. Hubieran aguantado allí junto a él hasta que los hubiera necesitado, Marco era consciente de ello, pero estaba claro que el día había empezado demasiado temprano para todos.

25

CALMA

Miriam fue la primera en salir, tenía claro hacia dónde debía dirigirse en ese momento. De camino a su coche imaginaba las posibles situaciones que se podían dar, la que más le dolía era sin ninguna duda que para Itziar aquel beso no hubiera sido nada más que un juego de amigas borrachas. A medida que pasaba el día, Miriam pensaba más en ella. Había mirado el móvil mil veces, ya le daba vergüenza seguir escribiéndole, tampoco quería que pensara que estaba desesperada por recibir algo de ella como una quinceañera. Aun así, sentía que algo no iba bien.

Así, cuarenta minutos después de haber salido del *parking* de la comisaría, estaba frente a la puerta del bloque donde vivía Itziar. Llamó varias veces a su timbre, sin resultado. No le costó entrar en el bloque de escaleras aprovechando que un vecino salía en ese momento a tirar la basura. Subió las escaleras hasta el segundo piso y se plantó delante de su puerta. La imagen de un dragón verde al lado del número de su puerta la hizo sonreír. Llamó varias veces, con el mismo resultado. Extrañada, probó con su vecino de enfrente.

Le abrió la puerta una especie de friki informático con gafas de culo de vaso y pelo grasiento. Llevaba una camiseta de Flash y por su reacción debía de ser la primera chica que llamaba a su puerta en muchísimo tiempo.

—¡Hola, buenas noches! Perdona que le moleste, me llamo Miriam y quería preguntarle por su vecina, ¿la ha visto últimamente?, no conseguimos hablar con ella.

El muchacho, un poco aturdido, consiguió decir algo pasados unos segundos.

—Esto..., ¡sí! O sea..., bueno, no. Hace tiempo que no la veo. Yo trabajo en casa y no salgo mucho.

—¿Oyó algo raro la pasada noche? ¿Esta mañana quizás?

—Suelo acostarme tarde, pero normalmente llevo los cascos puestos y no me entero mucho. Hoy he dormido toda la mañana, no he oído nada.

—Bueno, tenía que preguntar, ¿le importa que le deje mi tarjeta por si ve cualquier cosa extraña?

—¡Claro! No se preocupe, yo le diré a la chica que ha venido a verla.

—Itziar, se llama Itziar.

—Ah, claro, Itziar —dijo el chaval ruborizándose por no saber el nombre de su vecina.

—¿Cómo lo tienes hoy? ¿Una cervecita? —preguntó Salva a Jon al salir del trabajo.

—Perdona, pero hoy tengo que llegar pronto a casa, Marta quiere que veamos no sé qué serie juntos y no me apetece oírle renegar.

—Tranquilo, tío, yo me voy a acercar un ratillo al bar por si apareciera alguien, no me apetece encerrarme en casa en este momento.

—Ok. Mañana me cuentas tus aventuras... y si las acompañas de fotografías, mejor que mejor.

—Ja, ja, ja, ojalá tuviera tanta suerte.

—¿Hermanito? ¿Cómo estás, macho? ¿Te debo dinero y no me acuerdo? —A David le resultaba extraño que Marco no le hubiera llamado en cuatro o cinco días ni para preguntar por su sobrino.

—David, perdóname, la cosa por la comisaría está regular, tenemos un cabronazo que nos está jodiendo bien.

—Mucho mejor para que desconectes un rato. Daniel dice que tienes un partido al Fifa pendiente con él.

—¡Ja, ja, ja! ¡Dile a ese enano que lo voy a destrozar!

—Venga, hermano, relájate y pásate por aquí cuando puedas, seguro que te va bien un poco de compañía.

—En cuanto pueda paso a veros, dale un beso a Daniel de mi parte.

—No te preocupes, yo se lo daré. ¡Cuídate!

Marco colgó el teléfono, parecía que hiciera un mes que estuvo en la casa de su hermano; la cosa se había precipitado mucho desde entonces. Pensó en Alejandra y pulsó su número.

—Jefe, ¿no has tenido bastante? —Ale descolgó al primer pitido.

—No me digas jefe, anda, no hemos podido hablar en todo el día.

—No te preocupes, Marco, tendremos mucho tiempo para hablar, además hoy ha sido un día horroroso para todos, para ti especialmente.

—Solo quería que supieras...

—Déjalo, Marco, de verdad, ¿sabes lo que tengo?

—No, ¿qué tienes?

—Tengo una botella de vino entera que no sé por qué razón ayer no pudimos acabar, la guardo para que la rematemos un día que estemos tranquilos, ¿te parece?

—Me parece una idea estupenda. —Hizo una pausa—. Ale.

—¿Sí?

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

—Ya puedes dármelas, tonto. Descansa mucho, ¿vale? ¡Mañana te quiero ver en perfecto estado!

—Haré lo que pueda. Hasta mañana.

SEGUNDA PARTE

BOMBA

—¿Y me lo dices ahora? ¡Mierda, Miriam, tenías que habérmelo dicho ayer! —le dijo Marco a Miriam cuando le contó las noticias sobre la rueda de prensa al llegar a la oficina.

—No hubiera cambiado nada, Marco..., y ayer ya tuviste una buena dosis de malas noticias.

—Por lo menos, me habría preparado algo para cuando el comisario entre por esa puerta, hecho una furia, con los periódicos del día sobre su cabeza. —Su gesto se había suavizado, en parte porque sabía que Miriam tenía razón—. ¿De dónde coño se han sacado eso?

—Bueno, creo que deberías plantearte que por aquí alguien está haciendo negocio con la información.

—No puedo sospechar de nadie del equipo. Pero ¿qué otra opción tenemos?

Desde primera hora todos estaban ya en sus puestos de trabajo. La visión de las cámaras había dejado un rastro que podría ser un pista fiable.

—Pedro, ¡cuéntame! —le dijo Marco esperanzado.

—Pues verás, ayer vimos muchos coches que iban y venían. Fuimos apuntando y tachando los que entraban y luego salían del polígono. Allí no hay casas, por lo tanto, era raro que un coche hiciera el camino de ida y no de vuelta. Quitando camiones y motocicletas, por cribar un poco la búsqueda, nos quedaban unos cuantos coches que coincidían con el horario fijado en que el asesino pudo entrar y salir... —Se tomó una pausa para beber un poco de agua y continuó—: Entre las 22:30 de la noche y las 6 de la mañana, para ser más exactos. Pues bien, eliminando posibilidades creo que hemos encontrado algo. —Pedro accionó el mando del proyector y la imagen de una furgoneta blanca apareció en la pantalla—. Esta furgoneta hizo el camino de ida a

las 23:20 y no la volvimos a ver pasar hasta la mañana del día siguiente a las 11. Cabría la posibilidad de que fuera de alguien que tuviera el negocio en el polígono y la dejara allí y volviera en otro coche, vamos, que la utilizara solo para trabajar. Pero cotejando los datos de la matrícula con nuestra base, descubrimos que las matrículas son de un Ford Fiesta rojo, robado hace más de un mes. Por otro lado, tenemos un par de agentes con la foto de la furgoneta de puerta en puerta del polígono, preguntando por ella.

—¡Excelente trabajo, Pedro, lo mismo te digo, Salva! Ya tenemos algo sobre lo que poder investigar. ¿Sabemos algo del informe forense, Miriam?

—La autopsia la está haciendo Miguel; Itziar aún no ha cogido el teléfono ni se ha presentado.

—Qué extraño. Ayer la llamé un par de veces, pero estaba apagado. Tendríamos que ir a su casa a ver cómo está.

—Yo estuve ayer, no había nadie en casa.

Marco se quedó pensando. Él tenía una llave que ella le había dejado para alguna urgencia; al terminar pasaría por su casa, tenía que estar muy enferma para no ir a trabajar dos días seguidos, y más aún no llamar para avisar.

Un policía tocó la puerta de la sala C.

—Inspector, han dejado un sobre para usted.

Marco se levantó y cogió el sobre, un sobre marrón sin distintivos, tamaño folio, con su nombre a lo largo, escrito con un rotulador negro.

—¿Quién ha dejado esto? —preguntó señalando el sobre.

—No lo sé, señor, lo vimos en el mostrador, nadie se fijó en él.

—¡JJ, las cámaras! Tenemos que saber quién ha dejado esto.

JJ se levantó rápidamente y salió de la sala mientras Marco se sentaba en su parte del escritorio, cogiendo el sobre con dos dedos y mucho cuidado. Si era lo que parecía, podían tener una fuente de pruebas para pillar a ese cabrón. No le cabía duda, ese sobre era del asesino.

Con un abrecartas y mucho cuidado rasgó la parte superior del sobre, se enfundó unos guantes y sacó los dos folios que había dentro. Todo el equipo lo miraba expectante, con más miedo que excitación.

Marco comenzó a leer para sí la carta. El resto del mundo desapareció.

«No me puedo creer a dónde este hijo de puta me quiere llevar, estoy más nervioso de lo que podría reconocer, empiezo a leer, noto como el sudor puebla mi frente, quiere jugar con nosotros. Leo, me aturde, me desespera, quiero gritar, me contengo, intento serenarme. Leo, mis dedos tiemblan, mis ojos quieren ir más rápido que mi cabeza. Leo, mi cuerpo se pone rígido, no controlo el movimiento de mi pierna, no puedo dejar de moverla. Leo, mis ojos se agrandan, mi ritmo se acelera, no puede ser, es imposible. Leo, el final está cerca, el corazón se me sale del pecho, me angustio, me ahogo. Busco el segundo folio, lo miro, algo se rompe dentro de mí, siento la flacidez en mis dedos, la fotografía se cae de mis manos. De mis ojos brotan lágrimas sin contención, un sudor frío recorre mi espina dorsal, palidezco, me mareo, todo se me nubla. ¡Tú no!, ¡tú no!».

CARTA

Buenos días.

Llegados a este punto, señor inspector, he creído conveniente presentarme.

Soy aquel que hará de sus días un infierno, al que recordará cada noche, y al que no dejará de perseguir en sueños. Soy la voz que le susurrará, y mi obra, la pintura que decorará las paredes de su cabeza.

La partida acaba de empezar, cada movimiento en el tablero será fatal para usted y los suyos. Pero no todo va a ser malo, señor inspector, solo usted y los suyos están en disposición de parar la oscuridad que se cierne sobre los cimientos de esta, cada vez más, podrida ciudad. Tienen mucho material disponible, sin embargo, no le sacan provecho. Como buenos héroes de cuento, sus relatos quedarán escritos para la posteridad. Solo usted y su equipo serán responsables de cómo acabe la historia. El reloj de arena juega en su contra, a cada grano que cae, una gota de sangre se derrama.

¿Cuánta sangre está dispuesto a sacrificar, señor inspector?

No quiero jugar con ventaja, y dado lo perdidos que los veo, puedo permitirme algunas pequeñas concesiones. Prefiero que dediquen sus esfuerzos a perseguirme y que los lectores posteriores cuenten con un ritmo frenético en su lectura, a que se aburran leyendo cómo dan palos de ciego en busca de un fantasma al que no pueden atrapar.

Andrés Longoria era un maldito bastardo, quizás su muerte sea más provechosa para la ciudad de lo que usted se imagina. La pobre Carla, tengo que reconocer que no disfruté especialmente con ella, su inocencia casi consigue conmovirme por dentro, pero a ella le debo el conocer a su equipo. Aún los veo entrando en ese banco, decididos, como auténticas estrellas de rock.

Respecto a María, se resistió hasta el último aliento. Sería indecoroso por mi parte decir que prefería cerrar los ojos ante lo que se le avecinaba, por supuesto, no podía. A ella le reconozco el no perder la compostura en ningún momento. Me sorprendió su entereza, de haber tenido más tiempo hubiera llegado a intimar con ella.

No he leído nada en la prensa sobre mi obra, cosa que habla muy bien de cómo hacen las cosas, pero supongo que me permitirá, llegados a este punto de confianza mutua entre nosotros, que es hora de hacer partícipes a todos los ciudadanos de esta, espero, maravillosa partida que vamos a jugar. ¿Y cómo seguimos, señor inspector? Poco o nada de caso les hacen a las pequeñas pistas que dejo en los alrededores de mi obra, aun así, creo que puedo ayudarlos una vez más, aunque para eso necesitaré su colaboración.

Espero que la fotografía que adjunto le traiga bonitos y plácidos recuerdos. Espero, de igual forma, que le sepa explicar a su equipo de qué se trata. No creo que ellos puedan hacerse una idea del problema global al que se enfrentan hasta que usted, señor inspector, los ilumine con su sabiduría.

Sinceramente suyo,

LVCF

FOTOGRAFÍA

La carta ya estaba puesta en el proyector, todos la leyeron a la vez. Se tomaron su tiempo para releerla varias veces, el silencio era absoluto. Aún no entendían muy bien la lividez en la cara de Marco, él había pasado muchas cosas a lo largo de sus investigaciones como para que aquella carta le hubiera trastocado tanto. Un pirado de tantos, que ve sus crímenes como la obra final de un artista consagrado, otro aspirante a asesino en serie del siglo. Alguien a quien le gusta poner en jaque a todo un equipo de profesionales e intimidarlos con su verborrea. Nada demasiado fuera de lo común y desde luego nada que se mantenga en el tiempo. Antes o después cometería un error que le costaría el ser apresado. Sin embargo, el nerviosismo se apoderaba de todos los integrantes de la sala C.

—Bien, tendremos ahora tiempo de analizar la carta más detenidamente. —Marco hablaba con un hilillo de voz y sus manos seguían temblando—. JJ, pasa la fotografía.

Todos estaban intrigados, ninguno había tenido la oportunidad de ver lo que tanto pesar causaba al inspector jefe. JJ pulsó la tecla «siguiente».

En la pantalla se podía ver un pendiente encima de una mesa blanca. El pendiente era curvado y plateado, más largo de lo normal, sus dos puntas acababan en sendas circonitas redondas que relucían por el *flash*. Unas gotitas de sangre lo salpicaban, tanto al pendiente como a la mesa.

Los miembros del equipo se miraron entre ellos sin comprender aún la situación. Marco sabía que la siguiente revelación podía traer efectos devastadores para todo el equipo, para algunas personas quizás algo más. El nudo que tenía en el estómago no se iba a ir así como así. Prefirió acabar con ello cuanto antes. Se levantó haciendo acopio de todas sus fuerzas, los miró a todos y habló.

—Es un *piercing* genital. Este hijo de puta tiene a Itziar.

En aquella habitación en penumbra, Itziar volvió a recuperar la consciencia. La situación era complicada, pero ahora tenía la cabeza más despejada. Intentó forcejear con las manos, soltarse parecía una batalla perdida, notó como se le iban entumeciendo las muñecas y desistió. Con sus dedos inspeccionó el borde del asiento de madera; la superficie era en casi todo su recorrido lisa, aunque notaba en sus yemas algunas vetas y nudos en la madera. Hacía un calor casi insoportable en aquel espacio, notaba como seguía sudando, eso no hacía otra cosa que ponerla aún más nerviosa. Al hecho de estar desnuda ya ni le prestaba atención. También sentía un vacío en el estómago, no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero la sensación de hambre y sed le empezaba a apremiar. Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, se concentró en la veta de madera a la que menos le costaba llegar girando un poco su muñeca. Con las uñas empezó a raspar. Notaba cómo se le iban agrietando, pero no iba a dejarlo; necesitaba algo en lo que pensar para tener su cabeza distraída y, cada vez con más fuerza, siguió raspando. La segunda uña que se le partió llevó consigo un dolor intenso, apretó los dientes y unas lágrimas escaparon de sus ojos. No quería que su secuestrador la viera llorar, pero no podía remediarlo. En otra de las acometidas consiguió separar una pequeña astilla, la sensación de notar un pequeño resquicio en donde hacer palanca la animó pese a haber sufrido un pinchazo en el dedo. Siguió tirando de ese saliente hasta, pensaba ella, tener separado casi un centímetro de madera. Ahora no podía fallar. Ahuecando la otra mano debajo de la primera, tiró fuerte de la pequeña astilla separada; tuvo que reprimir otro grito al clavársele esta entre la uña y la carne, pero consiguió romperla. La astilla cayó en su otra mano y suspiró. «Algo es algo», pensó.

Miriam lloraba desconsolada con las manos en la cabeza, sentada en el inodoro del aseo de chicas. Aún no podía creer lo que estaba pasando. Se secó los ojos y salió del cuarto de baño, solo tenía ganas de llorar, de gritar, pero no podía perderse en esas emociones, no mientras Itziar estuviera secuestrada.

La revelación de Marco había sido, por un motivo u otro, un *shock* para todos. Se miraron horrorizados. Marco, tras revelar la noticia, se derrumbó en la silla, inerte. Pedro, JJ y Salva se miraban entre ellos, no sabían cómo reaccionar ante aquello, si debían levantarse a consolarlo o

dejarlo estar con su dolor. Alejandra salió de la sala agobiada y con lágrimas en los ojos. Jon no dejaba de mirar la pantalla con la fotografía de aquel *piercing* sobre la mesa, sin pestañear.

—Bueno, bueno... ¿Qué tenemos aquí? La bella durmiente ha despertado. —La sombra entró en la habitación prácticamente sin hacer ruido.

—¿Sabes? Tendrás a toda la policía detrás de ti, no vas a escapar. —Itziar no se iba a dejar amedrentar.

—Tus queridos compañeros no me encontrarían ni estando delante de sus narices.

La sombra avanzaba hacia ella, con una larga túnica oscura de mangas anchas y capucha. Su cara permanecía oculta tras ella.

—¡Vas a caer como todos los locos a los que nos enfrentamos! ¿Crees que eres diferente? Eres solo un demente más que destroza vidas y pasarás el resto de tu vida entre rejas. —Itziar estaba agotada, apenas tenía fuerzas para levantar los párpados.

Notó como la sombra vacilaba al dar el último paso, solo fue un momento. Se colocó a su espalda y le puso una mano en la nuca. De ahí bajó con un dedo por su hombro, describiendo círculos llegó a su pecho. Itziar se removió lo que pudo y él apartó la mano de allí para separarle el pelo que le cubría la cara. Le agarró la barbilla y le susurró al oído:

—Creo que no ves lo que está pasando de verdad. En este juego solo habrá un vencedor y un vencido, y yo no suelo perder. Por otra parte, deberías ahorrar fuerzas para lo que te viene encima; creo que tendré que hacer un gran trabajo con tu majestuoso cuerpo, tus compañeros están deseando verte y habrá que prepararte para la ocasión.

—¿Cómo has podido hacer esto? ¿Crees que no te vi? Puedes ocultarte lo que quieras bajo esa capucha, ¡te vi!, en el retrovisor de mi moto, ¡te vi! Eres un maldito hijo de puta. Todos confían en ti. ¿Cómo puedes hacer esto? —Itziar no pudo contenerse, gritó y pataleó.

La sombra soltó su mano derecha y le dio una bofetada que le cruzó la cara. Itziar, aturdida, miró hacia arriba y con el labio ensangrentado le dedicó una sonrisa. Comprendió que iba a morir allí, pero no se lo pondría fácil.

REINICIO

Esther celebraba su éxito, la pregunta que hizo en la rueda de prensa había sido portada en periódicos, televisión y todos los medios digitales. Todo el mundo le atribuía la noticia de las inscripciones en los cadáveres, lo que, por otra parte, demostraba que los asesinatos eran obra de la misma persona.

Todo concluía con lo que ella había preguntado, y conocía la respuesta antes de que Miriam mintiera para mantener a raya a la prensa. Sí, había un asesino en serie en la ciudad. Y a ella la había elegido su fuente anónima para darse notoriedad. Un punto más para su carrera. El director del periódico comía de su mano, las ofertas para salir en debates televisivos y radiofónicos no dejaban de llegar. Le habían dado manga ancha para tratar el tema como ella quisiera, poco o nada podía hacer su jefe para que fuera de otra manera, pero a él le gustaba mantener ese control fingido y a ella no le importaba.

Desperezándose en la silla acolchada de su despacho encendió el portátil. Mientras la manzanita hacía su tarea de inicio, su mente iba pensando en qué paso sería el siguiente. De momento tenía tres asesinatos, pero necesitaba indagar algo más, pronto la noticia dejaría de interesar si no encontraba algún detalle nuevo, cuanto más escabroso mejor. La gente ardía de deseos por saber, ella también.

Después de abrir su cliente de correo y borrar o mandar a «no deseados» casi una treintena de *mails*, arqueó las cejas y abrió mucho los ojos. Tres mensajes de su informante habían llegado.

Lvcf@eu.org la invitaba a conocer más detalles sobre, como él la titulaba, «su obra». Una sonrisa se escapó de sus labios.

De nuevo con todos los miembros de equipo en la sala C, Marco tomó la palabra.

—Sé que no es fácil para nadie, para mí el primero, pero Itziar merece que estemos alerta y nos pongamos con esto lo más rápido posible. Necesitamos encontrar la furgoneta. Pedro, ponte mano a mano con Tráfico, da igual lo que te digan, ¡prioridad máxima! Vamos a empezar por hacer caso, en la medida de lo posible, a la pista que indica el lugar desde donde empieza la miniatura. Quiero que Salva y Jon coordinen cada puerta de hospital. Como la pista es «edificio de ciencias» y siendo ella forense, me parece lo más lógico. También la Facultad de Medicina. Si se os ocurre algo, no dudéis en decírmelo. El comisario no va a escatimar en recursos para encontrar a Itziar, me ha dado el visto bueno para ampliar la búsqueda con agentes de paisano.

Jon y Salva asintieron y salieron de la sala para empezar su labor, Pedro los siguió para encaminarse a la sede de Tráfico. Alejandra, Miriam y JJ aún esperaban allí instrucciones. Marco miró a los compañeros que aún quedaban allí. Sin duda, la parte más difícil.

—Alejandra y yo nos vamos a ver al forense. JJ, sondea las redes sociales, busca la información que puedas, algo que nos pueda servir, no tengo ni idea de qué puede ser, pero el experto eres tú. Miriam, fuiste la última persona que vio a Itziar, necesito que vayas a su casa, revisa todo. Tenemos que saber si se la llevaron antes o después de llegar a casa. Aquí tienes una copia de sus llaves.

Miriam no sabía cómo decirle a Marco la angustia que sentía, ir a su casa, revolver sus cosas, la imagen de su *piercing* ensangrentado. Hizo acopio de todas sus fuerzas, se levantó, cogió las llaves y miró a Marco a los ojos. No tuvo que decir nada, los dos asintieron.

En el ascensor, junto a Alejandra, Marco notaba la tensión entre los dos. Ella no dejaba de pensar en el detalle del asesino, haciendo pasar a Marco el trago de descubrir a todos algún tipo de relación íntima con Itziar. La situación no podía ser peor, Itziar secuestrada o sabe Dios qué más. Ella, pendiente de Marco, no sabía aún cómo tomarse aquello, le encantaría preguntarle por ella, por su relación, por todo, se sentía miserable por pensar en eso en un momento así, pero no podía quitárselo de la cabeza, la consumía por dentro.

—Ale, tengo que...

—No, Marco, por favor, déjalo. No es el momento, de verdad.

Marco asintió y cerró los ojos, el sonido del ascensor al llegar a su destino no se hizo esperar. Salieron sin decir nada más.

Lo que tenía delante era mucho más de lo que hubiera pensado. El asesino había mandado un dossier completo con todo lujo de detalles sobre los asesinatos cometidos, todo bien ilustrado con fotografías. A Esther se le removió el estómago, eso era más de lo que podía digerir. Nunca hubiera pensado que la cosa sería tan macabra. Por primera vez en su vida no sabía cómo actuar. Esto pondría en un serio apuro a la policía, quizás ella tenía más información que ellos. Tendrían que llegar a un acuerdo que beneficiara a las dos partes. Sin dejar de pensar en ello, fue pasando los archivos con las fotografías una a una. En la tercera ya no pudo soportarlo más y vomitó en la papelera que tenía a su izquierda.

Miguel Fonseca, el forense sustituto de Itziar, se encontraba en el laboratorio forense leyendo una pila de papeles.

—¡Miguel, ya estamos aquí! ¿Qué tienes para nosotros?

—Inspectores —dijo a modo de saludo—, estaba repasando los otros dos casos y poniéndome al día con ellos.

Miguel era un tipo curioso, de aspecto juvenil, nadie le echaba más de veinticinco años, según se comentaba por los pasillos de comisaría era una especie de genio y, como casi todos ellos, bastante introvertido. Había terminado la carrera en tiempo récord y hecho todo tipo de cursos de criminalística. Con gafas de pasta negras que escondían como podían unos grandes ojos marrones y tupé de pelo negro, podía pasar más por un friki de los ordenadores que por un laureado médico forense.

Se levantó de la silla y se dirigió al armario refrigerado donde estaba el cuerpo de María. Abrió el que tenía más a la mano y sacó la bandeja completa. El cuerpo presentaba una tez blanquecina, las letras inscritas en su pecho quedaban medio tapadas con los puntos en forma de Y resultantes de la autopsia. La imagen de los ojos sin párpados era escalofriante; aunque habían

perdido todo su color, allí estaban, mirándolos, pidiéndoles justicia.

—El asesino se ensañó con ella. En los otros casos, muchas de las heridas y laceraciones se hicieron *post mortem*. Aquí no, causa de la muerte, paro cardíaco. No le cortó la garganta, lo que hubiera sido mucho mejor para ella. Le cortó los párpados y luego le hizo la inscripción en el pecho. Suficientemente profunda para rasgar muchos órganos internos. Solo espero que su corazón no tardara mucho en quedarse quieto.

La imagen de María colgada y sufriendo esa atrocidad asaltó a Alejandra, que no pudo reprimir unas arcadas.

—Por otro lado, no hemos detectado ningún rastro de paralizantes o relajantes fuertes, no le hizo falta dormir a la víctima. Quizás el moratón en el lado derecho de su cara tiene la culpa, un fuerte golpe de derecha pudo haberla dejado inconsciente y a su merced.

—¿Has visto algo que pueda darnos alguna pista? —preguntó Marco esperanzado.

—O bien usó guantes, o limpió muy bien sus huellas: nada bajo las uñas, ninguna señal de forcejeo, nada, Marco, lo siento.

—Gracias, Miguel... Casi lo esperaba, pero en algún momento tiene que cometer un fallo.

—Seguiré indagando, cuenta con ello. Si puedo ayudar en algo más solo tienes que decírmelo.

Alejandra y Marco volvieron a mirar por última vez a María antes de que volviera a esconderse tras el armario de acero inoxidable.

ÉTICA

Miriam se encontraba frente a la puerta de la casa de Itziar, mirando el dragón que la adornaba. Metió la llave en la cerradura y supo al instante que no había llegado a casa aquella noche, no creía que el asesino se la llevara de allí y parara a darle dos vueltas a la llave. Aun así, entró. La casa estaba muy limpia, sin enredos; muebles minimalistas y un sofá de cuero negro ocupaban el salón; junto al mueble de la televisión, una gran estantería repartía por igual el espacio entre libros de todo tipo y cedés de música. Pegado a ese mueble, otro con un equipo de música bastante futurista y una torre de sonido. En las paredes, cuadros con carteles de conciertos de diferentes grupos, que ella conociera, solo Metallica, los demás no sabría decir cómo traducirlos, entre sus logos y la tipografía era complicado saberlo.

Un sencillo aseo con las cremas y pinturas justas. Otra habitación con más libros y un escritorio bien ordenado. Llegó a la última puerta, era su dormitorio. Una sensación de estar invadiendo la intimidad de su compañera la recorrió de arriba abajo. Una cama baja y un par de mesillas, un armario empotrado y poco más, no pudo pasar, eso fue lo que atisbó desde la puerta. Avergonzada, se preguntó si Marco había compartido aquella habitación con ella, y unas lágrimas comenzaron a caer.

Salió de la casa. Había sido bastante doloroso, solo le reconfortaba pensar en que la encontrarían y disfrutaría de ella, de su música, en su sofá. De repente, la puerta del vecino se abrió. Esta vez llevaba una camiseta verde con el símbolo en blanco de algo que le resultaba vagamente familiar, pero no caía.

—¡Ah, eres tú! He estado atento, pero no la he visto, eres la primera persona que viene por aquí —dijo el chaval un poco avergonzado.

—¡Muchas gracias! —Miriam intentó recomponerse como pudo—. Sí, tenía llave y he venido a ver si había regresado, de todas formas, tienes mi número, si vieras a alguien por aquí me avisas, ¿ok?

—Si, no te preocupes, estaré atento. De todas formas, su moto sigue en el sótano.

Miriam no podía creerse que no hubiera pensado en ello. Estaba tan afligida por tener que entrar en su casa que aún no se le había ocurrido mirar en el sótano.

—¡Muchas gracias, estaremos en contacto! —le dijo al chico y se encaminó al ascensor.

Jon daba instrucciones en la sala de conferencias a casi una veintena de agentes.

—Ahora os repartiremos los destinos y una foto de la furgoneta que buscamos, iréis por parejas, de paisano, necesitamos cubrir las entradas principales y las de urgencias. En el caso de la Facultad de Medicina, tendréis que ser creativos, entrada principal, laboratorios y lo que creáis indispensable. Recordad que la vida de nuestra compañera depende de nosotros.

Todos los agentes escuchaban atentamente las directrices, en la cara de Jon veían la preocupación que lo atenazaba. Jon dio por terminada la reunión con la entrega de dossiers y destinos. Cogió el móvil y llamó a Salva.

—Tío, ¿dónde estás? —dijo antes de darse cuenta de que le hablaba al contestador.

No le costó trabajo encontrar la moto de Itziar, negra, reluciente. Se aproximó a ella mirando al suelo, buscando cualquier rastro. Al acercarse más a la moto, vio entre unas manchas de aceite media huella de lo que parecía un talón. A su lado, un rastro de goma en el pavimento y medio tacón roto. No había duda, allí la habían secuestrado. Cogió el teléfono para llamar a Marco y pedir un técnico forense, pero en ese mismo momento sonó.

—¿Miriam? —Una voz conocida al otro lado de la línea.

—No tengo nada para ti, Esther.

—Supongo que no, pero yo sí tengo mucho para ti. Avisa al guaperas de tu jefe, tenemos

que vernos, es muy urgente.

Esther colgó el teléfono. Miriam se quedó mirándolo, dudando sobre qué podía ofrecer Esther Arias.

Pulsó el número de Marco.

–Jefe, creo que vamos a tener algún problemilla con la prensa. Necesitamos un técnico forense en el sótano de Itziar.

NOTICIAS

En la sala de juntas del periódico, se encontraban cinco personas alrededor de una mesa ovalada y con las persianas que daban al resto de las salas del periódico cerradas. Junto a Esther, en el lado izquierdo de la mesa, su jefe, el director del periódico (un hombre al borde de la jubilación, pero de los que les costaba dejar su puesto de trabajo), respiraba pesadamente y se le veía emocionado, como si este caso fuera el gran caso de su carrera. Verse allí lo llenaba de orgullo. En el lado derecho, Marco y Miriam, y completando el quinteto, el abogado que trabajaba para el periódico.

—Bien, la situación es la siguiente. —Habló Esther, estaba claro quién llevaba las riendas allí—. Tenemos todo el material, como podéis ver, para sacar a la luz todo el caso con todo lujo de detalles.

—¡No puedes hacer eso, Esther! —Casi no la dejó terminar—. Entorpecerías la investigación, cundiría el pánico y quién sabe qué consecuencias más tendrían estas revelaciones.

—Inspectores, si no somos nosotros, otros lo harán, ¿qué cree que hará el asesino si no publicamos todo esto?

Esther tenía razón en eso, otros periódicos recibirían esos correos y no tendrían tantos escrúpulos para publicarlos. Miriam tomó la palabra.

—Creo que lo más sensato sería ir racionando la información en conjunto con el departamento de Policía.

—Eso suena muy bien, pero nosotros no queremos perder la oportunidad de publicar esta noticia, y no nos vamos a arriesgar a que otro lo haga. Si están aquí es simplemente porque queremos que lo sepan ustedes antes que nadie.

—Esther, creo que podríamos llegar a un acuerdo que nos beneficie a los dos —medió Marco.

—Estoy deseando oír sus condiciones...

Admitir que un asesino en serie se paseaba impune por la ciudad y que la policía tenía algunos sospechosos y algunos detalles de las muertes era lo menos malo que podía salir de aquella reunión. Desecharon, de momento, fotografías y detalles escabrosos. A cambio, Miriam daría informes diarios de la investigación y trazarían entre las dos la línea a seguir. Por supuesto, tendrían una entrevista exclusiva cuando todo acabara y estrecharían lazos en siguientes investigaciones.

JJ ya tenía los correos en su ordenador e intentaba sacar algo de ellos que ayudara a la investigación.

La huella del talón no era suficiente para determinar un modelo concreto de zapato, aunque sí lo habían reducido con su base de datos a ocho: todos botas de montaña. También le había servido al técnico para dilucidar el número de pie, un 44. Algo es algo, pensaban en la sala C; la falta de pruebas los tenía desanimados, el reloj iba en su contra y en la de Itziar.

Los puestos de vigilancia en hospitales, universidad y otros centros de salud aún no habían reportado ninguna noticia sobre el avistamiento de la furgoneta blanca. Las cámaras de tráfico tampoco, mucho se temían que el asesino había podido cambiar de vehículo a esas alturas.

Pasaban las horas sin noticias, todo lo que investigaban caía en saco roto. Así pasaron otro día temiéndose lo peor.

JJ dio por terminada su jornada con escozor en los ojos. La búsqueda y seguimiento de la dirección de correo no lo llevó a ningún sitio concreto; era fácil hacer cuentas de correo anónimas y mandar desde cualquier dirección IP encubierta. Decidió meterse más de lleno en el juego. Volvió a repasar las reglas, a hacerse una visión más cercana de él: un grupo de lo más variopinto de investigadores pasean por las calles de Arkham, reuniendo pistas, armas y objetos varios, mientras intentan cerrar puertas a otra dimensión en las que aparecen diversos tipos de

monstruos que siembran el terror por las calles de la ciudad. A la vez que intentan darles caza pueden quedar heridos, lo que hace que el personaje muera o pierda la cordura; sin ella, el personaje se vuelve loco. Llegados a un punto de la partida que normalmente se desata por tener seis portales abiertos a otras dimensiones, los personajes que no estén locos ni muertos tienen que luchar contra la entidad más fuerte de todas y que controla a las demás, el primigenio. Una lucha a muerte: los investigadores contra un ser de otro mundo.

JJ decidió pasar por la tienda donde Marco había comprado el juego. Igual podrían darle más datos sobre él. Al llegar a HobbyMinis le sorprendió el ambiente que había, eran cerca de las ocho de la tarde y las mesas de la parte interior de la tienda estaban repletas de gente disfrutando de diferentes juegos. Paseando por las mesas pudo ver a varias personas enfrentadas unas contra otras, con sus lados de la mesa llenos de cartas que iban girando y sacando más por turnos. En otra mesa, dos personas se batían en duelo con lo que parecía una batalla de personajes de fantasía, en un escenario al que no le faltaba detalle. JJ vio las miniaturas que movían por el tablero, espectacularmente pintadas, aunque algunas se encontraban como las que tenían en la sala, de un gris claro.

Uno de los propietarios se le acercó.

—¡Buenas tardes! ¿Puedo ayudarte en algo? —dijo Alejandro con tono jovial.

—¡Hola! Pues sí, veo que usáis las mesas para jugar partidas, y yo estoy muy interesado en probar Arkham Horror, me han hablado muy bien de él, ¿podría ser?

—¡Vaya!, todo un clásico, pero me parece que no tenemos ninguno abierto para probarlo.

—Eso no es problema, estoy interesado en comprarlo.

—¡Perfecto entonces! Puedes sentarte aquí si quieres, voy a por él y aviso a mi compañero, es un experto en Arkham y los mitos de Cthulhu.

JJ se sentó en la mesa mientras seguía con la mirada al dependiente, que buscaba en las estanterías una copia del juego. En poco tiempo ya se encontraban enfrascados en las calles de Arkham; junto a JJ estaba Pardo, el otro dependiente, que jugaba y explicaba las reglas con una soltura que denotaba sus muchas partidas. Conocía el juego al dedillo. Después de caer herido un par de veces, haber estado perdido en el tiempo y el espacio y, por supuesto, pasar por el manicomio de Arkham, llegó el momento cumbre de la partida: apareció el primigenio, Cthulhu. Una especie de ser gigantesco con alas y tentáculos saliendo de su cara, a JJ le recordó a un calamar gigante, pero con patas. Según explicaba Pardo, era el más duro al que enfrentarse y así

se demostró: comió investigadores hasta saciar su hambre y la partida terminó con un fracaso estrepitoso. Aun así, JJ se hizo una idea clara de cómo funcionaba el juego y pasó un buen rato con aquellos desconocidos. Seguramente volvería.

SILENCIO

Itziar usaba la pequeña astilla, no había encontrado otra solución para avisar a sus compañeros. Con dedicación y mucha paciencia, se raspaba la palma de la mano con ella, movimientos lentos y precisos, no podía permitirse fallar, una herida iba surgiendo en su mano. Notaba las pequeñas gotas de sangre recorrer los dedos de la mano con la que poco a poco raspaba la otra.

La sombra volvió.

—¡Es la hora, tenemos que hacer algo, tú y yo!

—No cuentes conmigo para nada.

—¡Ja, ja, ja! ¡No tienes alternativa! —La voz de la sombra sonaba ronca, su cara seguía tapada—. De ti depende sufrir más o menos. ¡No tiene sentido que lo pases peor de lo que ya lo vas a pasar!

La sombra, diciendo aquello, se acercaba a Itziar por la espalda. Ella se puso tensa, dejó escapar la astilla, no quería que la viera.

—¡Ha sido un placer tenerte conmigo estos días! —La sombra la pinchó con una jeringuilla cerca de la nuca.

Itziar dio un respingo al notar el pinchazo y la fría aguja en su cuello, sabía lo que venía ahora. La sombra esperó unos segundos hasta ver cómo la cabeza de Itziar caía hacia un lado, desató sus manos con un rápido movimiento de cuchillo. Los brazos cayeron flácidos a ambos lados de la silla. Repitió el gesto con el cuchillo dos veces, una para cada pie, y cargó con ella.

Itziar pudo abrir los ojos un poco para fijarse en cómo la cogía. Sus brazos y piernas ya no obedecían, pero aún podría dejar algún mensaje para sus compañeros. Reuniendo todas sus

fuerzas, consiguió levantar un poco la cabeza. Abrió la boca y mordió como pudo a la sombra a la altura del cuello. Notó el sabor de la tela en su boca, sabía que le había enganchado la carne debajo de ella, poco, pero lo justo para que la sombra se sorprendiera y la soltara con un gemido. Itziar cayó pesadamente al suelo, fue consciente de todo, de cómo su cabeza rebotaba contra el pavimento, sus brazos y piernas, su cadera, pero no sentía nada. Sus ojos se fueron cerrando con la imagen de una bota de montaña que se aproximaba a ella.

La noticia llegó de manos de una patrulla que estaba dando una vuelta por un descampado de la parte alta de la ciudad, donde un mirador artificial dejaba una majestuosa imagen de ella. La furgoneta blanca con las matrículas robadas había aparecido quemada. Los especialistas desplazados al lugar no habían podido recuperar nada de aquel amasijo de hierro y ceniza. No solo tenían poco con lo que trabajar, sino que, encima, lo que tenían desaparecía como si el asesino pudiera ver de primera mano cada detalle que iban investigando.

La situación era agobiante, todo el equipo sentía la presión del reloj, su compañera secuestrada y ellos sin saber cómo ayudarla. Marco repasaba una y otra vez las fotos de los cadáveres, buscando algo sin saber qué. Alejandra se centró en las escenas de los crímenes. Sus pensamientos se debatían por igual entre Itziar, Marco, el *piercing*... La ansiedad que sentía y no podía disimular la oprimía.

JJ había relatado a todos su incursión en la tienda de juegos de mesa de la noche anterior. Les había contado cómo se jugaba, cómo se recogían pistas y cómo perdieron finalmente contra Cthulhu. Llegaron a la conclusión de que no podían sacar nada de aquello, solo que el asesino se creía superior a ellos, como el primigenio del juego, alguien que los quiere hacer correr detrás de los escenarios de los crímenes hasta vérselas con ellos personalmente. Los inocentes que perdieran la vida en el camino parecían no importarle, aquello para él era un juego divertido. Ahora también gozaba de notoriedad, la prensa ya lo había bautizado como el «asesino invisible», haciendo referencia a las marcas de los cuerpos. Toda la ciudad estaba pendiente de las novedades del caso, y el equipo liderado por Marco pendía de un hilo.

En uno de los descansos que se tomaron en la sala que hacía las veces de cafetería improvisada, Jon y Salva preparaban café para todos.

—¿Qué tal anoche, Salva? —le dijo Jon, haciendo un gesto con el mentón en dirección a su cara—. ¿Tuviste jaleo, eh?

—¡Digamos que una chica no tuvo compasión de mí! —Lo dijo mientras se tocaba un moratón en el cuello.

33

FORO

En el tercer día sin noticias de Itziar, los operativos seguían en sus puestos, sin detectar movimientos sospechosos. Marco llevaba casi el mismo tiempo sin poder dormir, la sensación de impotencia lo atenazaba. No se veía capaz de animar a su equipo. Miriam había resultado un pilar importante para él en todo esto, de sus charlas había descubierto el especial afecto que le tenía a Itziar..., quizás algo más que afecto, aunque no lo habían hablado. Marco sabía que a ella le encantaría saber qué clase de relación había tenido con la forense, pero de momento no le había preguntado y él no tenía ganas de sacar el tema. Su trabajo con Esther Arias y el periódico iba por buen camino, mejor tenerlos de aliados. Alejandra era la que se encontraba más distante, apenas habían cruzado cuatro palabras desde la desaparición. Esto era otro granito más que sumar a todo lo que llevaba encima.

La puerta de la sala se abrió y preguntaron por Marco.

—Señor, en la puerta hay dos chicos que han pedido ver al inspector al frente del caso del «asesino invisible». ¡Parece ser que tienen algún tipo de pista!

Todos levantaron las cabezas de sus respectivos escritorios y miraron expectantes.

—Ale, vamos.

La sorpresa fue para ambas partes. Por un lado, Alejandro y Pardo, de la tienda de juegos, reconocieron inmediatamente a Marco. Por otro lado, Marco arqueó las cejas al verlos allí.

—¿Es usted?! —dijo Alejandro entre sorpresa y nerviosismo.

—Sí, chicos, soy yo, podéis llamarme Marco, y esta es la inspectora Alejandra Verdú. Alejandra, estos son Alejandro y Pardox, dueños de la tienda de juegos HobbyMinis, los que amablemente me contaron el origen de las miniaturas.

Alejandra los saludó a los dos sin saber muy bien qué estaba pasando. Ellos por su parte se quedaron más de lo necesario mirando a Alejandra, embobados.

—Y... ¿qué os trae por aquí? —preguntó Marco rompiendo el momento.

—Verás, Marco, ayer vimos algo que igual podría ayudarles y, después de hablarlo entre nosotros, decidimos venir a contárselo a la policía.

—Ok, vamos a un sitio donde podamos hablar tranquilamente.

En una sala de interrogatorios Pardox comenzó el relato.

—Verás, Marco, hay varios foros en internet dedicados a los juegos de mesa, allí se habla de todo, hay muchos subforos, por ejemplo, novedades, próximos lanzamientos, compra y venta, últimas partidas... En España el más conocido es LaBSK, dentro puedes encontrar prácticamente todo lo concerniente a juegos, desde reglamentos traducidos a nuevas reglas caseras, etcétera. — Pardox, a la vez que hablaba, abría su mochila y sacaba un portátil—. ¡Anoche ojeando el foro vi esto!

Tecléo con destreza y volvió el portátil hacia Alejandra y Marco. En la pantalla, sobre fondo azul, el inconfundible esquema de un foro de internet. Comenzaba el texto en negrita, «Arkham Horror, partida real». A la izquierda se veía el nombre del autor, junto con más información como su ubicación, la cantidad de mensajes enviados y un logo. Lo escribía LVCF: su primer mensaje en el foro, ubicación desconocida y el logo de su avatar era la portada del juego. A partir de ahí, el grueso del texto estaba dividido en turnos y, como lo llamaba el autor, portales abiertos.

Turno primero: Portal Abierto 1, una foto de la Torre de Cristal y un texto: «El primer incauto investigador no llegó a tiempo para cerrar el portal sobre la Torre de Cristal, sus intentos por hacerlo fueron en vano, un ser de otro mundo consiguió salir de él y arrebatarle la vida».

Tras este texto, una foto de Andrés Longoria descuartizado en el suelo de su despacho y una perspectiva de la miniatura que sería su siguiente víctima.

Turno segundo: Portal Abierto 2, una foto del tablero del juego donde se podía ver a Amanda Sharp en la localización del banco, «La pobre Amanda creyó que sola podría cerrar el portal surgido de la nada. Nada más lejos de la realidad, su muerte fue horrenda». Después de estas palabras, una foto de Carla crucificada en el banco.

Turno tercero: Portal Abierto 3, una foto de Bob Jenkins, la miniatura, junto a la casilla del juego «almacén». «María tampoco pudo cerrar el portal del almacén, fue una digna investigadora, pero acabó como los demás». La foto de María colgada en forma de cruz estaba debajo del texto.

Turno cuarto: Portal Abierto 4, Kate Winthrop justo encima del edificio de ciencia. «La partida continúa, esta investigadora es un hueso duro de roer, aun así, creo que las fuerzas del mal podrán con ella».

La última palabra del texto era «Continuará...». Marco suspiró y bajó la cabeza, pensando. Alejandra le apretó el hombro. Sacó su móvil.

—JJ, ven a la sala de interrogatorios, ¡ya!

En dos minutos JJ se presentaba allí, la sorpresa de Alejandro y PardoX fue aún mayor que cuando vieron a Marco.

¿Tú también eres policía? —dijeron a la vez.

—Hola, chicos, sí, y gracias por la partida de ayer, por cierto.

Marco le pasó el portátil, JJ leyó el contenido del foro.

—Necesitamos saber lo que puedas sobre LVCF, rastrear sus pasos por el foro, lo que se te ocurra.

—¡Ok, jefe! Hay algo que se me ha ocurrido con respecto al juego. Ahora que tenemos aquí a Alejandro y PardoX, igual podrían confirmarlo. En el juego, cuando se abre el sexto portal el primigenio aparece y los investigadores tienen que luchar contra él. Es como una cuenta atrás para que los investigadores se equipen todo lo que puedan para estar preparados para ello. — Alejandro y PardoX asintieron a la vez—. Quizás en este caso sea al revés, la apertura del sexto portal haría que nuestro «contrincante» termine su partida. Creo que nos quedan tres asesinatos más si no podemos detenerlo.

—Creo que puedes tener razón, pero hay un dato más —dijo Marco—, cuenta con Ángel, quizás ese sea el cuarto asesinato.

Tras decir esto, se volvió hacia Pardo y Alejandro.

—Chicos, necesito máxima discreción sobre esto. No queremos que la cosa se des controle.

—Tranquilo, no diremos nada —saltó Pardo sin pensarlo—. Por otro lado, el administrador del foro cerró el hilo y lo ocultó en cuanto lo vio. Nos pusimos en contacto con él para poder enseñároslo.

—Bien hecho, toda la ayuda que tengamos es poca. ¿Podéis hablar con él? Necesitamos que mantenga la confidencialidad también y nos avise sobre cualquier movimiento de ese usuario.

—Cuenta con ello —dijo Alejandro solícito.

Alejandra, que estaba pensativa mirando la pantalla, se volvió hacia los chicos.

—¿Podría ser que nuestro asesino haya estado en vuestra tienda en algún momento jugando a este juego? Igual que JJ ayer.

—Hace bastante que no jugamos, en este mundillo salen juegos cada mes y la novedad es la que manda. Pero sí hubo una época en la que lo jugamos bastante.

—¿Y recordáis a alguna persona que pusiera especial énfasis en la partida? ¿Alguien que lo viviera más intensamente?

—Tendría que hacer memoria, ¡muchacha gente se toma sus partidas muy en serio!

—¿Y las miniaturas? —Marco tomó la palabra—. ¿Os suena haber vendido esas miniaturas?

—No, eso sí lo sabemos bien, no hemos tenido ese pack de minis en la tienda.

—Ok, chicos. Nada más por ahora, muchas gracias por venir. Si recordáis algo no dudéis en llamar. —Marco les tendió una tarjeta con su teléfono—. Nos habéis ayudado mucho. Seguramente os vayamos preguntando algo más sobre el foro y el caso en general. Os lo vuelvo a pedir, necesitamos la máxima confidencialidad.

Pardo y Alejandro, visiblemente satisfechos de poder ayudar a la policía, asintieron a la vez y abandonaron la sala. Una vez solos, Marco miró a sus compañeros.

—JJ, quiero que rastrees el foro, no le pierdas la pista a ese cabrón. —Lo dijo con una voz profunda, realmente creía que esta podía ser su oportunidad de coger al asesino—. Tenemos que

encontrar a Itziar por encima de todo.

—Ok, jefe, me pongo con ello. —Diciendo esto, salió de la sala de interrogatorios.

Una vez solos, Alejandra le cogió la mano a Marco. Su semblante era serio, las dudas se reflejaban en su cara.

—Cuéntame, ¿qué te pasa por la cabeza? —preguntó Alejandra mirándolo a los ojos.

—No lo sé, Ale, tengo un mal presentimiento, lo último ha sido la furgoneta, siempre vamos por detrás, tenemos agentes apostados en edificios que concuerdan con la casilla del juego, sin embargo, de momento nada, solo es un presentimiento. Confío en ti más que en nadie, me juego el respeto de nuestros compañeros, pero creo que hay detalles que dejaremos entre tú y yo en la medida de lo posible.

LÁGRIMA

El ritual continúa, los trazos son lentos, los disfruta. La piel es tersa, la excitación le recorre cada milímetro de su piel. La fuerza y personalidad de ella también influye, una digna rival, por fin. Pero lleva mucho tiempo preparándose para esto. La lucha está siendo más fácil de lo esperado.

«Es el final, no siento mi cuerpo..., no siento dolor, no puedo gritar, patear, pelear, estoy sumida en este pozo. Mis amigos ganarán la pelea..., estoy segura de ello. Mi vida ha sido plena, estoy contenta por ello, siempre he hecho lo que he querido. Esto no puede borrar nada de todo lo anterior... Marco, ojalá pudiera decirte lo feliz que me has hecho. Miriam..., ojalá pudiera decirte lo bien que lo hubiéramos pasado. Os deseo lo mejor, a todos, lo merecéis... Habéis sido unos compañeros estupendos, los mejores amigos. Me voy en paz..., contenta, no puedo estar triste, no le voy a dar ese gusto, espero... espero que...».

Las gotas de sangre caen al suelo, la cara de la sombra, cerca de la suya, le susurra al oído una frase en un dialecto antiguo, es parte del ritual, acerca su boca a la suya, respira de su aliento, mira sus ojos, el miedo no está en ellos, una lágrima se le escapa, no es terror, todo lo contrario. La sombra lo ve..., es felicidad, una lágrima que lo enfurece. Se ensaña con ella, su ritmo cardíaco se dispara, su último aliento roza sus labios, ella lo ha hecho, ha conseguido perturbarlo, con una lágrima.

CRIMEN

—¡Tengo algo! —dijo JJ a Marco—. He seguido el rastro de LVCF en el foro. Antes tenía otro nombre, se lo cambió hace un par de meses. Su nick anterior era JMC, con ese nombre tenía más de doscientos mensajes. Todos relacionados con preguntas y alguna respuesta sobre juegos, dudas de reglas y algún hilo de compraventa. Este es su primer mensaje como LVCF.

En la pantalla del portátil de JJ se sucedían una serie de letras y números que Marco no llegaba a comprender.

—JMC puede ser su nombre y apellidos, o a saber... La gente se pone cualquier bobada por nick, de todas formas, buen trabajo, sigue mirando a ver qué sale —dijo Marco apretando la mandíbula.

JJ vio alejarse a Marco y no pudo evitar sentirse un poco angustiado, sabía que necesitaban algo más contundente para dar con el asesino. Siguió tecleando hasta que instantes después JJ gritó.

—¡Chicos, tenéis que ver esto!

Todos se colocaron detrás de JJ y su portátil. Leyeron atentamente un nuevo mensaje en el foro:

Turno quinto: Portal Abierto 5. Una foto de Kate Winthrop, junto a la casilla del Instituto de Ciencias. «Esta investigadora ha sido dura, sus conocimientos han hecho que sea una digna rival. Aun así, su esfuerzo ha sido, una vez más, en vano. Las fuerzas de la noche han acabado con su mente y su espíritu».

Al texto le seguía una foto de un cuerpo de espaldas, suspendido y atado por los brazos, la cabeza con su melena negra colgaba sobre un hombro. Un gran dragón de vivos colores recorría

toda su espina dorsal, desde la nuca al coxis, la imagen era espeluznante.

—¡Es ella! ¿Alguien reconoce ese lugar? ¡Aún podría estar viva! —gritó Marco a sus conmocionados compañeros.

En el fondo de la foto se veía mobiliario oxidado, puesto sin orden sobre unas paredes y suelo sucio. Las vigas de los lados estaban oxidadas y había grafitis casi en todas partes. Los colores chillones contrastaban con los del dragón de la espalda de Itziar.

—¡Se ven camas deshechas, escombros, tiene que ser algún edificio abandonado!

—Puede ser cualquier cosa.

—No tanto, recordad: edificio de ciencias.

Las voces de todos se entremezclaban, cada uno intentando aportar algo, la vida de su amiga pendía de un hilo. Miriam era la única que no había abierto la boca, sus ojos llenos de lágrimas no podían dejar de mirar la fotografía de Itziar, colgada, inerte. En su cabeza no cabía otra cosa. «No puede ser, no puede ser, ella no, por favor, ella no».

—¿El psiquiátrico abandonado? —dijo Salva como sugerencia.

En menos de veinte minutos varios coches de policía, una ambulancia y los bomberos entraban en el terreno del viejo psiquiátrico abandonado. Marco y Jon bajaron de uno de los coches antes de que terminara de frenar, pistola en mano entraron en el edificio y todos los siguieron. No hubo que buscar demasiado..., un rastro de sangre los acompañó desde la entrada a una habitación situada detrás del recibidor. El lugar estaba en pésimas condiciones, la suciedad y los años cerrado lo habían dotado de un aspecto siniestro. La luz entraba por entre los tablones de madera que cerraban puertas y ventanas. Un sitio frío que rezumaba abandono. Algunas partes del techo estaban derruidas, otras, desconchadas. El polvo y la suciedad lo cubrían todo.

Marco fue el primero en entrar, oyendo el retumbar de su corazón al mismo ritmo que el eco de sus pasos. Corrió hacia Itziar lo más rápido que pudo. El cuerpo estaba a un metro sobre el suelo. Al llegar a sus pies supo que todo estaba perdido. Frente a él, Itziar colgaba sin vida, le había cortado los párpados, tenía cortes en muchas partes de su cuerpo, se había ensañado con ella. Marco cayó de rodillas delante de ella, casi implorando por su vida, sintiéndose derrotado y agotado de repente. Su mente no asimilaba lo que estaba viendo. Todo el equipo quedó

destrozado al ver aquella imagen, Alejandra corrió y se abrazó a Marco. Los demás miraron el cuerpo de Itziar, incrédulos. Miriam tampoco pudo soportarlo, la tristeza y la rabia se mezclaron en su cabeza. Ni siquiera notó cuando sus ojos se llenaron de lágrimas, inmóvil ante su amiga.

Miguel y su equipo llegaron unos minutos después.

—Miguel, creo que no tengo que decirte nada. Necesitamos algo, lo que sea, y lo necesitamos ya. —El tono de Marco fue mecánico y casi inaudible.

Miguel asintió, con lentitud dejó su maletín en un trozo de plástico que había puesto en el suelo. Por primera vez levantó la vista y miró a Itziar. Entre sus pechos y abdomen tenía algo escrito.

«No es

el fin, M».

La situación había destrozado la moral del grupo. Un halo de tristeza y pesar se había instalado sobre sus cabezas. Trabajaban cada uno en su lado de la mesa, con la cabeza baja. No se oía el más leve susurro, cada uno luchando contra sus propios pensamientos. Cámaras de vigilancia de carreteras, mensajes en el foro de LaBSK, llamadas de teléfono..., no iban a parar hasta tener algo. Miriam, cómo si aún no hubiera tenido bastante, hablaba con Esther sobre el correo que le había llegado esa misma mañana: las fotos del cuerpo de Itziar con una descripción del asesinato. Realmente, pensó Miriam, Esther parecía afligida por la muerte de su compañera, quizás había juzgado mal a la periodista.

El cuerpo de Itziar descansaba en la mesa de acero inoxidable de la habitación en la que tantas veces había sido ella la que miraba desde arriba. Miguel se enfundaba los guantes de látex, preparó todo su instrumental con mimo, le debía mucho a Itziar. No pudo dejar de pensar en sus primeros días de adjunto con ella. Lo trató como a uno más en cuanto llegó. Le enseñó todo lo que no dicen los libros sobre su trabajo. Lo único que podía hacer ahora por ella era intentar sacar el máximo provecho de las pistas que encontrara en su cuerpo, sabía que todos estaban pendientes de él. No los defraudaría.

JJ puso en marcha el proyector cuando lo tuvo todo preparado.

—Carolyn Fern —dijo, apretando el botón que accionaba el mecanismo por el que la primera fotografía aparecía en la pantalla—. Psicóloga, punto de inicio, manicomio de Arkham.

La imagen mostraba una miniatura gris, igual a las demás, mismo tamaño. A su lado estaba la imagen de la investigadora a todo color. Una pelirroja con media melena, traje azul adornado con un broche dorado y una carpeta verde bajo el brazo.

Todos volvieron la cabeza hacia Miriam, la única psicóloga del grupo.

—Si todo funciona como creemos, este puede ser el último turno que el asesino quiera jugar, sería el último portal abierto y podría ser que desapareciera —concluyó JJ.

—Está claro que apunta hacia Miriam. No va a poder acceder a ella —dijo Marco, con determinación en su voz.

—Por supuesto que no. Esta vez estamos preparados. —Alejandra dijo esto mirando a Miriam. Miriam, por su parte, no apartaba la vista de la pantalla... Le parecía todo tan irreal. Aquello tenía que ser una pesadilla de la que quería despertar. Pero no, esto era muy real y el asesino la había elegido a ella para ser la siguiente.

Salva le cogió la mano.

—¡No vamos a dejar que te pase nada! Lo sabes, ¿verdad?

Miriam asintió casi avergonzada. Sabía que no la iban a dejar ni un segundo sola. Eso la tranquilizaba y la ponía nerviosa a la vez, ¿cómo se le había ocurrido al asesino secuestrarla? Toda la policía estaría pendiente de ella, iba a ser casi imposible que la secuestraran y, sin embargo, allí estaba la miniatura que representaba a una psicóloga.

Las siguientes horas las pasaron repasando el plan de protección que iban a adoptar para proteger a Miriam: tenían ya asignados varios agentes para que se apostaran en su casa y en la casa de enfrente, donde una agente del equipo especial con la misma fisonomía que Miriam haría de cebo. Por otro lado, Miriam iría escoltada hacia un piso franco al otro lado de la ciudad. Nadie conocería el destino, ni el propio Marco, hasta que no salieran para allá. Era un protocolo de seguridad estándar, pero en este caso y dadas las dudas del propio investigador jefe del equipo, parecía primordial. Así pasaron las horas, recopilando información, trazando el plan. Quizás fuera la última oportunidad de coger al asesino y no podían desaprovecharla.

Cuando estaba terminando la jornada, Marco recibió una llamada,

—¡Marco, soy Miguel, necesito que bajes urgentemente!

PRUEBAS

Marco bajó todo lo rápido que pudo, nadie se sorprendió de que saliera de la sala C teléfono en mano. Una vez fuera de ella, fue cuando empezó su carrera particular. Miguel lo esperaba junto al escritorio donde hacía los informes.

—Aquí estoy, ¿qué tienes?

Miguel habló de forma atropellada, casi sin respirar.

—Marco, tenemos algo gordo, aparte de otros detalles que te contaré después, hemos encontrado un pelo que no pertenecía a Itziar. La muestra de ADN nos ha dado una coincidencia. ¡Lo tenemos, Marco!

Dijo esto apartándose de la pantalla y, mientras se desplazaba, la imagen iba descubriéndose de derecha a izquierda. Marco abrió tanto los ojos que por un momento pareció que se le iban a salir de las órbitas. Un segundo después salió corriendo de la sala de autopsia.

—Tienes que estar tranquila, esto va a salir bien.

—No es fácil, ser la siguiente no es algo que hubiera contemplado ni en mis peores pesadillas.

—No podrá pasar todos los sistemas de seguridad, es imposible. En este sobre está la dirección a la que vamos. Nadie más lo sabe.

Miriam intentaba estar tranquila, de hecho, lo estaba, todo iba tan rápido que le sorprendía

cómo sus pensamientos iban de un lado a otro. De la moto de Itziar a su cuerpo colgado, a la revelación de la miniatura que intentaba representarla, el tsunami de ideas para protegerla, para mantenerla con vida a la vez que le preparaban una trampa a su perseguidor. Con la gorra de un famoso equipo de béisbol, su pelo recogido y gafas de sol, montó en el coche.

Arrancó. Su compañero y ella emprendieron el camino hacia su destino provisional fuera del alcance de todos los demás.

—¿¿Dónde está Miriam?! —dijo Marco, entrando como un torbellino en la sala C.

Los que allí quedaban lo miraron extrañados. Alejandra fue la que habló.

—Acaban de salir hacia el piso franco. ¿Qué está pasando, Marco?

—Alejandra, sabemos quién es. ¡Vamos!

Tres coches salieron de la comisaría momentos después, dando órdenes por radio. Marco y Alejandra iban en el primero, la señal de GPS del coche donde se encontraba Miriam les sacaba un par de kilómetros de ventaja. El dispositivo se estaba haciendo a la vez desde varios puntos: habían cortado las salidas de la autovía en un tiempo récord y las unidades que se encontraban de patrulla ya estaban buscando el coche negro con matrícula protegida que llevaba a Miriam a un funesto final si no conseguían atraparlo antes de que se les escabullera una vez más.

—Ya estamos llegando, a unos doscientos metros estaremos en tu nuevo hogar, espero que sea por poco tiempo.

—Sí, yo también.

Un ruido de sirenas alertó a los dos pasajeros. Antes de llegar a su destino y por el espejo retrovisor, pudieron ver como un coche patrulla se les acercaba a toda velocidad. Se miraron, no sabían muy bien qué pasaba. Las matrículas protegidas tenían que haberles saltado a esos agentes, aun así, les daban las luces y cada vez estaban más cerca.

—¡Los tienen! Los han localizado, cerca del puente, ¡corre, Marco!

—Estamos muy cerca.

Tras unos quiebros y alguna maniobra que le habría supuesto la retirada del carné, enfilaron la entrada sur del puente. A unos cien metros divisaron entre el tráfico el coche negro en el que iba Miriam.

—¡Son ellos, Marco!

Marco aceleró, cuando estaba a menos de cincuenta metros giró el volante bruscamente, tiró de freno de mano y cruzó su coche en el carril contrario cortándoles el paso. El coche de policía que iba detrás hizo lo propio. Otros coches se sumaron al embotellamiento. Marco y Alejandra se bajaron rápidamente con las pistolas en la mano, rodeando el coche en el que se encontraba Miriam. Otros agentes llegaron por detrás ofreciendo fuego de cobertura por si hiciera falta.

Miriam vio toda la operación sin pestañear, no entendía qué estaba pasando. El puente se había convertido en un festival de luces y sirenas. Marco y Alejandra los apuntaban y se movían despacio hacia ellos. Entonces fue consciente de lo que pasaba... Su boca y sus ojos mostraron a la vez una expresión de sorpresa y terror. Fue en ese instante cuando miró a su izquierda. Su compañero apretaba con fuerza el volante. Su mandíbula estaba tensa, su frente perlada de sudor. El asesino la había secuestrado finalmente.

—¡Salva, baja del coche, con las manos bien arriba, no hagas ninguna tontería!

DETENCIÓN

Salva, esposado, miraba el cristal de espejo situado en la sala de interrogatorio.

—¡Marco, por favor, estás cometiendo un error, déjame salir de aquí!

Desde el otro lado del cristal, Marco, Alejandra y el comisario lo miraban aún incrédulos.

—No lo entiendo, ¿estáis seguros de esto? —dijo el comisario apoyando las manos sobre la mesa.

—Por fin tuvo un error. Según Miguel, los cortes en el cuerpo de Itziar no eran tan regulares como los de las demás víctimas, creo que consiguió ponerlo lo suficientemente nervioso como para que cometiera algún error. Luchó hasta el final y nos dio la clave. Sospechábamos que alguien podía estar pasando información al asesino, es más, barajé la posibilidad de que fuera uno de los nuestros, siempre íbamos un paso por detrás, nos conocía, sabía cómo actuábamos, tenía la oportunidad. Trabajaba desde dentro.

—Me parece increíble lo que hemos vivido. Se va a pudrir en la cárcel —apuntó Alejandra.

—¡Vamos! Es hora de hablar con él.

Alejandra y Marco se sentaron frente a Salva. En esta ocasión no valían juegos de poli malo y poli bueno. Salva conocía todos los trucos, además la situación no los invitaba a andarse con sutilezas.

—¡Tenéis que creerme! ¡Yo no he sido! ¡No sé qué coño os han contado, pero yo no tengo nada que ver en esto! ¡Marco, por Dios! —Salva fue el primero en hablar en cuanto los vio entrar.

—¿No quieres llamar a un abogado? ¿O nuestro amigo el estirado abrirá la puerta en cualquier momento? De esa manera se enteró de que habíamos detenido a Ángel, ¿verdad? Y cuéntanos, ¿qué le dijiste a Itziar? ¿Te acercaste a pedirle fuego? Lo tenías todo al alcance de tu mano, hemos sido marionetas que bailaban a tu son.

—¡Marco, te estás equivocando! ¡Me han tendido una trampa! Yo sería incapaz de hacer todo eso, he sufrido cada crimen con vosotros.

—No vas a salir de aquí hasta que expliques todo lo que has hecho, tenemos pruebas para inculparte. Ahora mismo una patrulla está en dirección a tu casa, vamos a registrarlo todo, Salva. No vas a escapar.

—Está bien, llama a ese abogado —dijo Salva dándose por derrotado.

En la sala C, Jon y Pedro intentaban calmar a Miriam; el ataque de nervios sufrido en el puente la había dejado exhausta. Marco y Alejandra entraron para compartir las noticias. Sus compañeros esperaban pacientes.

—Se niega a hablar, ha llamado a un abogado, esperemos que el registro nos esclarezca algo —empezó a decir Marco.

—Es increíble, nos ha engañado a todos, aún no puedo creerlo. —El pensamiento de Jon era el mismo que el de todos los presentes en la sala.

—Va a pagar por sus crímenes, podéis estar seguros de ello.

El teléfono de Marco sonó.

—¿Sí?

—Marco, los chicos del otro día están aquí de nuevo, quieren hablar contigo. Creo que tienen algún dato que darte.

—Ok, bajo enseguida —contestó Marco.

En la sala de espera, Alejandro y Pardox se movían intranquilos, parecían nerviosos por algo.

—Hola, chicos, ¿alguna novedad?

—Inspector, estuvimos pensando en lo que nos dijo. Haciendo memoria y buscando en las fichas de clientes, tenemos a alguien que puede que encaje en la descripción que nos dio. Era asiduo a la tienda, aunque hace tiempo que no lo vemos por allí, además era un fan incondicional de Lovecraft y su obra. Siempre estaba dispuesto a jugar una partida y se metía tanto en el papel que a veces rozaba lo ridículo... Claro, nosotros nos lo tomábamos a broma, pero visto lo visto...

—¿Sabéis el nombre? —preguntó Marco impaciente.

—Bueno, realmente no sabemos cómo se llama, allí lo conocíamos como Lover, nos parecía gracioso. Incluso en la ficha de la tienda lo tenemos así: Lover.

Marco pensó a toda velocidad. Podrían reconocerlo detrás del cristal; aunque no fuera una prueba que un juez admitiera, a ellos les serviría para corroborar la identidad del asesino. Les propuso reconocerlo tras un cristal y ellos aceptaron.

Mientras se dirigían a la pequeña habitación Marco recibió otra llamada.

—Marco, ¡es nuestro hombre! En su casa hay todo un dossier de fotografías con detalles de los crímenes, bastante completo, algunos recuerdos de las escenas de los crímenes... Seguimos buscando, solo queríamos que lo supieras.

Marco respiró aliviado. Lo tenían, esa pesadilla acababa aquí y ahora. Entraron en la habitación. Alejandro y Pardox se pusieron frente al cristal, en un momento sus caras se quedaron pálidas.

—¿Es él? —preguntó Marco con impaciencia.

Los dos miraron a un lado, negaron con la cabeza, Pardox levantó un brazo y señaló fuera de la habitación. La mirada de Marco siguió la dirección en la que apuntaba el dedo de Pardox.

En ese momento el teléfono de Marco sonó una vez más. Lo descolgó sin dejar de mirar en la dirección señalada, era Miguel.

—Marco, he descubierto algo, Itziar nos dio el nombre de su asesino. ¡Nos hemos equivocado!

Marco escuchó el nombre y colgó el teléfono sin pestañear, su vista seguía fija en un punto

tras la puerta. Con una mano dejó el teléfono encima de la mesa, con la otra desenfundó su arma.

FINAL

—¡Levanta las manos!

Marco salió de la habitación con la pistola sujeta con las dos manos apuntando a un compañero. El silencio se hizo de repente en los pasillos de toda la oficina.

—¡He dicho que levantes las manos!

En un rápido movimiento, Jon agarró a Miriam del cuello y la interpuso entre el cañón de la pistola de Marco y su propio cuerpo.

—¡Vaya, «inspector», al final va a resultar que eres más listo de lo que parece!

—¡Suéltala, no vas a salir de aquí!

—Te gusta mucho esa frase, pero sí, ¡claro que voy a salir de aquí!

Miriam, consciente de lo que estaba sucediendo, intentó forcejear, pero el brazo que la agarraba del cuello hacía demasiada presión, sentía que se ahogaba por momentos.

—¡La partida ha terminado, deja a Miriam, ya has hecho demasiado daño!

—¡Ni lo sueñes! Miriam y yo aún tenemos algo pendiente.

Mientras hablaba iba retrocediendo despacio, buscando la puerta que daba acceso a la escalera que podría sacarlo de allí.

—¡No vas a salir de aquí, suéltala!

Marco miró a Miriam, había dejado de forcejear, lo miraba, quería decirle algo con la mirada. A su alrededor todos contenían la respiración, algunos habían sacado su arma

reglamentaria y apuntaban a Jon buscando un buen ángulo, pero nadie se atrevería a disparar, de eso Jon estaba seguro. Alejandra también se encontraba allí, justo a la izquierda de ellos. Jon movía el cuerpo de Miriam de un lado a otro para que nadie se arriesgara a disparar y herir a su compañera. Estaban a unos tres metros de salir por la puerta que daba a las escaleras. Miriam volvió a mirar a Marco; decidida, le guiñó un ojo, Marco asintió.

En un rápido y doloroso movimiento para Miriam, que estaba casi sin aliento, le dio un codazo en la boca del estómago a Jon, lo justo para separarse de él unos centímetros. Jon disparó su arma sin tener ningún blanco fijado e intentó salir por la puerta, tanto Alejandra como Marco también dispararon sus armas. Los gritos y el nerviosismo llenaron de nuevo la estancia. El cuerpo de Jon cayó a un lado junto a la puerta por la que pretendía salir. Quedó sentado junto a la pared con dos agujeros en su cuerpo por los que manaba ya un río de sangre. Marco corrió hacia él y lo agarró de la mandíbula.

—¿Por qué? ¡Hijo de puta!

Jon, esbozando una sonrisa y entre toses sanguinolentas, lo miró.

—Esto no ha terminado, Marco...

Diciendo esto y clavando la vista en Marco, sus ojos quedaron vacíos, sin vida.

Marco se levantó sin dejar de mirarlo, en ese momento fue consciente de que seguía oyendo un barullo tras él, un grupo de agentes se habían agachado junto a alguien, Miriam también estaba allí.

Alejandra había recibido un disparo.

Sentado como cada noche, junto a la cama de hospital donde Alejandra se recuperaba poco a poco de la herida de bala sufrida en el tiroteo, Marco repasó el último mes. Quizás el más intenso de su vida. La muerte de Itziar aún lo atormentaba y le impedía descansar. La imaginaba en su cautiverio, sabiendo lo que iba a sucederle y, sin embargo, intentando pensar la manera de ofrecerles su ayuda. Miguel descubrió, tras limpiar la sangre de una de sus manos, una inscripción en la que se leía claramente el nombre de Jon, había usado sus propias uñas o quizás algo con un poco de filo para rasgarse la palma. Esa mujer nunca terminaría de sorprenderlo, policia hasta su último aliento.

Había flecos en el caso que aún no habían podido resolver, no habían encontrado nada en la casa de Jon. Y cuando decían nada, era nada, ni mujer ni recuerdos familiares..., nada. Jon se había inventado una vida imaginaria ante todos y nunca habían dudado de él. Sabían que tendría algún sitio donde había organizado su plan, pero de momento seguían investigando.

Los chicos de la tienda de juegos de mesa tendrían una historia increíble que contar a todos sus amigos, el propio Marco junto a JJ habían pasado por allí un par de veces. Prometieron ir a jugar algunas partidas. Su hermano y su sobrino recibieron algunos juegos de mesa, cortesía de HobbyMinis, y estaban encantados.

Mientras cogía la mano de Alejandra, le miraba la cara. Estaba fuera de peligro, la bala le había dado en el costado sin afectar a ningún órgano interno, aun así, tendría una bonita cicatriz que enseñar y que apuntar en su palmarés. Ella abrió los ojos.

—Hola, pecosa, ¿cómo te encuentras esta noche?

—Hola, guapo. Me encuentro muy bien, ¿Me llevas a bailar?

Miriam disfrutaba de un donut de azúcar y un café con leche junto a Salva. La Tertulia era famosa por sus famosos aros redondos, totalmente artesanales y con un alto índice de calorías.

—¡Esto es todo un manjar! —dijo Miriam con la boca llena y disfrutando de cómo se le deshacía el azúcar en la boca.

—Ja, ja, ja, parece que te gusta...

—¡Ummm, no te lo imaginas! Qué ganas tenía de desayunar tranquila una mañana sin la presión de perseguir a los malos a contrarreloj.

—Sí, es toda una sensación, has sido muy valiente, Miriam.

Ella abrió los ojos y lo miró con picardía.

—¿Yo?, no me dio tiempo de disfrutar de mi cautiverio.

—Ni a mí de llevarte a él, pero bueno... Aun así, creo que has sido muy valiente.

—Bueno..., ¡si tú lo dices! ¿Vamos? Es casi la hora.

—Sí, pago yo, ¿eh?

Como no podía ser de otra manera, el último adiós a Itziar fue en un día gris, con una lluvia fina. Todos los miembros del equipo, a excepción de Alejandra, se encontraban allí. Abrazados entre ellos, mientras su ataúd bajaba al lugar que le correspondía.

—Gracias por todo, Itziar, no te olvidaremos —dijo Marco, con la voz quebrada—, y ahora vamos a despedirte como seguro a ti te gustaría. La primera ronda la pago yo.

Uno a uno se despidieron de ella. La vida continuaba.

EPÍLOGO

Fue recogiendo las fotos una a una, tomándose su tiempo. Aún le costaba aceptar la derrota, su acólito no había sido tan efectivo como él pensaba. La sombra depositó todo el material en la chimenea, se sentó frente a ella y cerró los ojos. Allí, meditando, sin moverse, esta vez su rostro era serio.

Mensaje recibido

De: lvcf@eu.org

Para: marco@pm.es

Asunto: Recuerdos desde el infierno

Enhorabuena, inspector. Su nombre está en todos los periódicos. El mío, sin embargo, sigue sin aparecer. Tómese un respiro, volveremos a encontrarnos. Espero que, para entonces, siga en plena forma.

P.D. Deseo que su amiga y compañera se recupere pronto.

Su amigo,

LVCF

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a las personas que de una u otra manera han participado en la creación de esta novela.

Ramón, David, Ernesto, C, Marian, vuestra ayuda y aliento ha sido la fuerza que me faltaba para terminar.

También a los que han tenido la paciencia, a lo largo del tiempo, de leer fragmentos y aconsejarme.

Pedro, que has trabajado como si el proyecto fuera tuyo, que en parte lo es. TWITTER: @pedrodemariola CANAL YOUTUBE: www.youtube.com/channel/UCcRILq3_UeorRR2IQkM2dWg

A Melchor Riol, por sus consejos y palabras de ánimo. WEB: www.mel-melchor.com/

Inma, por tu paciencia infinita, hasta cuando no lo sabes.

Al equipo de personas que, al terminar de escribir, lo ponen bonito, lo visten de gala, lo llenan de color.

María Concepción

Verónica - veronicamonroy.com/

Olaya - www.olayagonzalezdopazo.com/

Nuria - www.nuriapariante.com/

A ti, lector, por haber invertido parte de tu tiempo en darle una oportunidad a Marco y sus amigos.

Por último, a quienes me soportan día a día, a quienes me acompañan, aguantan mis cabreos y manías.

¡¡Nos seguimos leyendo!!

SÍGUEME EN REDES SOCIALES

TWITTER: [@Javier_MarinM](#)

FACEBOOK: www.facebook.com/profile.php?id=100052709640456

INSTAGRAM: www.instagram.com/javiermarin1977/

[*] Marea, «Corazón de mimbre».

[*] Marea, «Marea».